

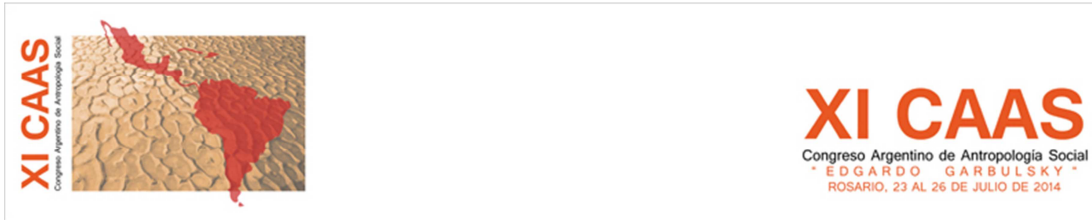
# **La naturaleza y causas de la guerra. Keegan, van Creveld y el debate con la doctrina clausewitziana.**

Sánchez Mariño, Horacio.

Cita:

Sánchez Mariño, Horacio (2014). *La naturaleza y causas de la guerra. Keegan, van Creveld y el debate con la doctrina clausewitziana. XI Congreso Argentino de Antropología Social, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-081/1089>



## **XI Congreso Argentino de Antropología Social**

**Rosario, 23 al 26 de Julio de 2014**

### **GRUPO DE TRABAJO**

#### **GT50 – Antropología, ciencias sociales y guerra**

### **TÍTULO DE TRABAJO**

**"La naturaleza y las causas de la guerra: Keegan, van Creveld y el debate con el pensamiento clausewitziano."**

**Nombre y apellido. Institución de pertenencia.**

**Horacio Sebastián Sánchez Mariño.**

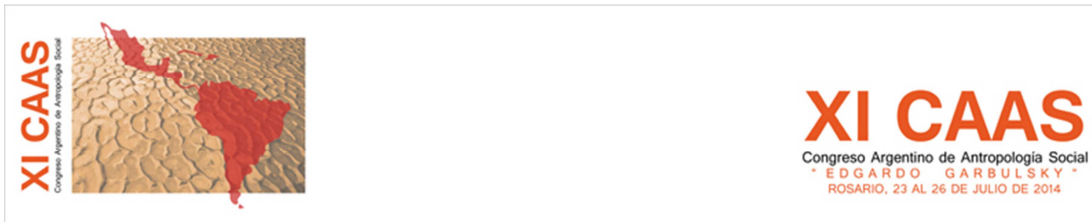
**Universidad del Salvador (candidato al doctorado en Ciencia Política)**

1

**Resumen:** La naturaleza y las causas de la guerra son motivo de debate en diferentes disciplinas. Algunos especialistas se inclinan por atribuir el origen de la guerra a causas políticas, siguiendo la doctrina de Carl von Clausewitz. Otros, entre los que se destacan John Keegan y Martin van Creveld, sostienen que la naturaleza de la guerra ha cambiado cualitativamente, por lo que las enseñanzas del prusiano no son aplicables.

Frente a la fórmula clausewitziana, Keegan sostiene que las guerras se producen por causas culturales, apoyándose en evidencia obtenida en descubrimientos antropológicos y etnográficos. Van Creveld considera que la guerra está inserta en el carácter lúdico del ser humano y es el juego más interesante porque afecta la vida misma.

Este trabajo presenta un análisis comparativo sobre dos dimensiones, la naturaleza de la guerra (qué es) y las causas de la guerra (por qué ocurre). El argumento de la presentación es que, a pesar del debilitamiento del poder del estado, aun cuando la mayor parte de los conflictos contemporáneos son intraestatales, el pensamiento clausewitziano posee coherencia lógica y aplicabilidad para comprender un tiempo donde la guerra parece expandirse.



## "La naturaleza y las causas de la guerra: Keegan, van Creveld y el debate con el pensamiento clausewitziano."

### I. INTRODUCCIÓN

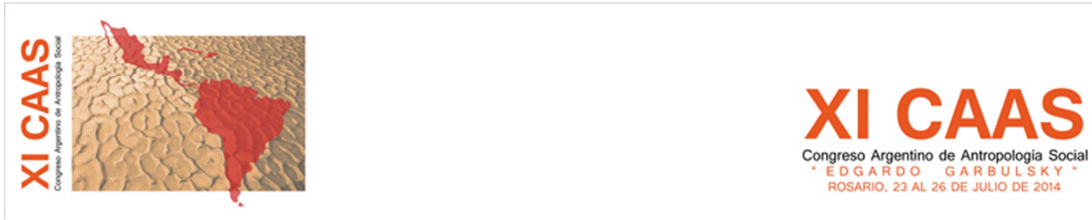
Este trabajo presentará una discusión teórica sobre la opinión acerca de las causas y la naturaleza de la guerra en tres autores. En primer lugar, la concepción de Carl von Clausewitz, considerado el filósofo de la guerra más importante. Luego, la perspectiva del historiador británico John Keegan y finalmente, la visión del historiador israelí Martin van Creveld, quienes desarrollaron una crítica exhaustiva de los argumentos del prusiano. Se discutirá la perspectiva personal de cada uno de ellos sobre el origen y la naturaleza de la guerra y las consecuencias teóricas de cada postura, sabiendo que tanto Keegan como van Creveld consideran obsoleta la teoría del prusiano. La comparación de un pensamiento desarrollado en el siglo XIX con perspectivas actuales resulta interesante desde varios puntos de vista, que se enuncian brevemente en esta introducción y retomaremos al final del trabajo con mayor profundidad.

2

En primer lugar, Clausewitz considera que las causas del fenómeno son políticas y que la guerra es por naturaleza un acto social. Los autores de hoy disienten: Keegan cree que las causas de la guerra son culturales y que, por naturaleza, la guerra es un ritual cultural propio de cada civilización. Sostiene que la guerra es un rito simbólico que tiene oculta una sabiduría que merece ser descubierta. Van Creveld, por su parte cree que las causas de la guerra son sociales y que la misma reside en la naturaleza humana. Para Clausewitz, al evaluar las causas y la naturaleza de un conflicto armado parece necesario separar los campos de la política, la estrategia y la táctica. Allí las perspectivas comparadas difieren, ya que los autores de nuestra época ponen énfasis en aspectos tácticos, en procedimientos como la guerrilla o el combate insurgente (van Creveld) o los procedimientos de combate en occidente, América o el Asia (Keegan) mientras Clausewitz habla de la guerra en un nivel teórico de mayor abstracción.

Una crítica central de ambos autores contemporáneos se refiere al concepto trinitario de la guerra desarrollado por el general prusiano, a partir de que resulta difícil mantener la división de pueblo, gobierno y fuerzas armadas en los conflictos modernos, la mayoría intraestatales o donde participan actores no estatales. Estas críticas se refieren al segundo nivel de la trinidad, centradas en el nivel operativo de las fuerzas más que en las fuerzas mismas, como apunta Jan Amgstrom. (2004, pág. 5) Clausewitz, pensador influido por la filosofía de su tiempo, hace especial hincapié en la diferencia entre forma y esencia de la guerra: la guerra posee una naturaleza eterna mientras sus formas varían según el contexto, como un camaleón.

Van Creveld remarca que la guerra trinitaria fue producto del sistema internacional surgido del Tratado de Westphalia, estructura que cambió en 1945 con la explosión de la bomba atómica. Según el israelí, a partir de allí no puede hablarse de guerra trinitaria; la característica del conflicto actual es la guerra asimétrica y ganan importancia los conflictos de baja intensidad. Keegan y van Creveld aceptan, sin embargo, la idea de que los Estados



se conformaron básicamente por sus capacidades para hacer la guerra; creen que en el pasado se iba a la guerra para protegerse de los enemigos, por rituales religiosos, por bienes, mujeres o por la competencia económica. Keegan describe un mundo de escasez como el marco propicio para la violencia armada, pero cree posible que en el futuro el hombre decida abandonar la guerra y avanzar hacia sociedades más pacíficas. Cree que pocos aceptan ya los costos de la guerra y existe la posibilidad de que ésta pierda vigencia, aunque no define el modo en que esta paz pueda alcanzarse. Esta idea interesa a ambos autores contemporáneos, pero ninguno arriesga el modo en que se puede lograr una convivencia más pacífica.

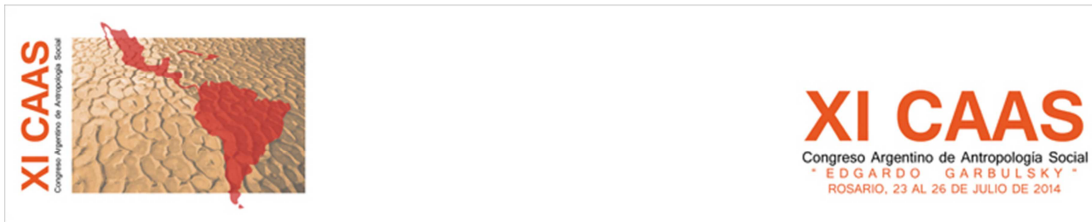
Desde el punto de vista teórico también pueden advertirse diferencias: Keegan considera que Clausewitz pretende una teoría universal de la guerra, pero sus ideas son obsoletas, irrelevantes y activamente peligrosas. Sin embargo, la teoría en Clausewitz está dirigida a la comprensión del fenómeno y no es una práctica para la acción. Existe también una diferencia en cuanto a la concepción del fenómeno como algo racional o irracional. El carácter instrumental sostenido por Clausewitz es discutido por el autor británico, quien observa sus orígenes en las prácticas culturales de la civilización de la cual se trate. Van Creveld, a su vez, cree que el carácter irracional está inscripto en la psicología del hombre, que sigue su deseo lúdico, siendo la guerra el juego más atractivo porque en ella se juega la propia vida. Para van Creveld y Keegan la guerra es un fin en sí mismo, y no un medio para alcanzar objetivos políticos como en Clausewitz.

3

Finalmente, el acceso al conocimiento del fenómeno que tienen los tres autores es diferente. Clausewitz experimentó en carne propia los efectos de la guerra, mientras los autores contemporáneos sólo la conocieron a través de sus investigaciones. Esta perspectiva puede resultar en una diferencia abismal en la comprensión, ya que tanto Keegan como van Creveld, si bien veneraron la figura del soldado, nunca tuvieron acceso a las vivencias de los combatientes. La ciencia social se focaliza en agentes que con sus decisiones modifican el resultado de las interacciones en el campo social, por lo que el conocimiento directo del fenómeno favorece la comprensión del mismo, como los profesionales que asisten al Congreso de Antropología pueden atestiguar. Así como Freud abrió un amplio campo de análisis en la psicología profunda, basado en sus investigaciones y experiencia clínica, creando una semántica y un marco teórico vigente en esa disciplina, Clausewitz, soldado desde los trece años hasta su muerte, desarrolló un pensamiento que trascendió a su tiempo y expuso categorías que aun hoy resultan interesantes para comprender la realidad de la guerra.

## II. La guerra según Clausewitz

Analizaremos el pensamiento de un estudioso de la guerra, Carl von Clausewitz, quien dedicó su vida a reflexionar sobre este fenómeno. Su influencia ha trascendido los siglos transcurridos desde su muerte, ocurrida en 1831 y hoy se enseña en las Escuelas de Guerra y en las Universidades.<sup>1</sup> José Fernández Vega le dedicó su tesis doctoral, donde sostiene que el prusiano debe ser considerado un filósofo político (2005) y el antropólogo francés de orientación católica René Girard, lo considera un profeta. (2007) Esta curiosa interpretación



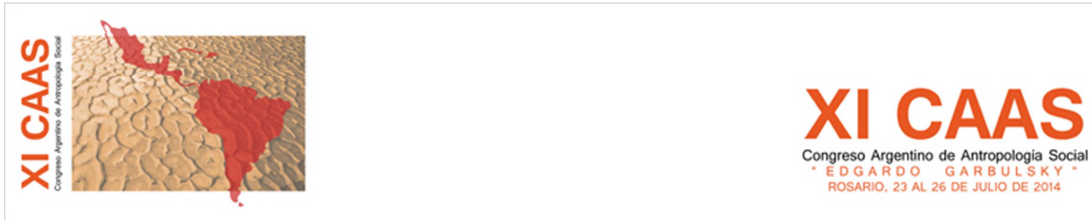
no desmerece la influencia de su obra, una sólida reflexión cuya profundidad permite considerar a Clausewitz un autor clásico.<sup>ii</sup>

Pensador clásico, filósofo político o profeta, Clausewitz es un analista lento, con todo el tiempo del mundo, es honesto y veraz porque no teme el juicio de sus contemporáneos, básicamente porque nunca pensó publicar sus escritos en vida. Fiel a sus convicciones, pagó el precio por sus posturas; llegó incluso hasta enfrentar la opinión de su rey, a quien rendía suprema lealtad. Sus archivos personales se perdieron durante la Segunda Guerra Mundial, aunque los documentos originales pudieron ser revisados antes, con autorización de la familia por un autor alemán, W. Schering, de reconocida simpatía por el nazismo.

Oponiéndose a esta interpretación, Raymond Aron escribió una obra monumental: "Pensar la guerra. Clausewitz" (1987). Aron cree que Clausewitz es un pensador dialéctico, cuestión que los especialistas ingleses niegan. Parecen tan ofendidos de que el filósofo de la guerra más importante no sea británico que les resulta difícil valorarlo. Sir John Keegan distorsiona su pensamiento y Sir Basil Liddell Hart, tal vez el mayor estratega inglés, lo hace responsable de la Primera Guerra Mundial. Sir Michael Howard y Sir Peter Paret realizan la mejor y más elegante traducción disponible en inglés del Tratado, pero le retacean elogios (Clausewitz, 1976). Sin embargo, los argumentos de Aron, se apoyan en la educación del prusiano, inmerso en la filosofía idealista alemana de la época, que leyó atentamente a Kant y Hegel. Presenta la obra como un juego de parejas de conceptos opuestos: "la elección de las oposiciones, o antítesis esenciales es el mejor modo de elucidar de inmediato la manera y la materia de este texto, redactado por un extraño oficial de estado mayor resuelto a no entregar sus libro al público mientras viviera y convencido, en el fondo de sí mismo, que escribía para la posteridad." (1987, págs. Tomo I, 116).

Aron retiene tres parejas de conceptos antitéticos que considera las bases del sistema clausewitziano: moral-físico, medio-fin y defensa-ataque. La primera pareja se refiere a la acción bélica, que exige esfuerzos físicos y disposición moral para afrontar una situación tan exigida como es la fricción de la guerra. Medio-fin se refiere a la pregunta que deben efectuarse los conductores en todo nivel, desde los políticos que conducen la guerra hasta el teniente que conduce una patrulla en el campo de combate: con qué fin debe realizar la acción. Es la pregunta por la racionalidad final en la guerra. La tercera oposición, defensa-ataque, lleva la reflexión al campo táctico y también tiene implícito el ejercicio de la voluntad de los enemigos enfrentados, uno con un objetivo positivo (ataque) y otro con la intención de negar lo que pretende su opositor (defensa). Aron comenta el descontento de Clausewitz al sellar su obra inconclusa, con la excepción del primer capítulo del libro I, que revisó y reescribió en los últimos años de su vida, al que el autor francés considera su testamento intelectual, la catedral conceptual donde se apoya el Tratado. Allí aparece la "Extraña Trinidad" que es analizada en profundidad.

Recordemos que para Clausewitz el fin de la guerra es la paz. Esto está escrito y perfectamente aclarado por el autor: la guerra se hace para alcanzar la paz; una cierta paz, como remarca Aron, que refleja los deseos e intereses de cada agonista, pero la paz y no la victoria militar, que corresponde a la táctica. Esto ha ocasionado innumerables confusiones,



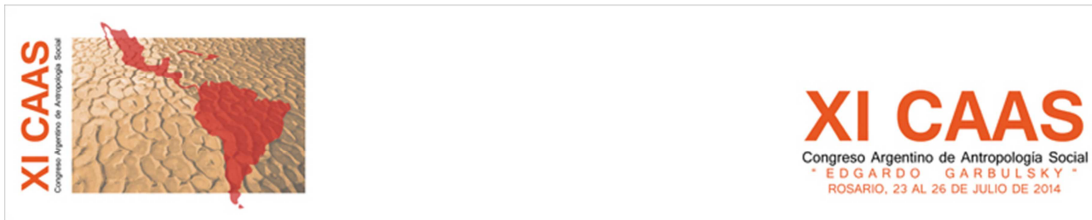
que llegan hasta nuestros días. Destacamos también el carácter social de la guerra en su pensamiento, fenómeno que ocurre en sociedades organizadas en Estados. En su juventud, impactado por los triunfos de Napoleón y la derrota de Prusia, observó cómo su mundo de la infancia, el mundo del Iluminismo y el Ancien Régime se desmoronaba. Entonces, describió un tipo de guerra, la guerra absoluta, cuyo objetivo era conducir a las tropas a una batalla decisiva con el enemigo y aniquilarlo. En el libro IV prescribe el autor que “el objetivo de la guerra es la aniquilación de todas las fuerzas vivas del enemigo; que la aniquilación de las fuerzas armadas solo se consigue mediante batallas; que sólo campañas en gran escala llevan a grandes éxitos; que la batalla decisiva es la solución sangrienta; que la sangre es el precio y la matanza es la característica.” Concepto ideal platónico, estaba teñido por las sangrientas campañas que inundaron a Europa, bajo el impulso de un conductor como Bonaparte (como lo menciona el prusiano) que no tenía límites ni en lo político, ni en el empleo del poder militar. Luego de años en los que reflexionó y escribió su obra, Clausewitz definió la guerra como un acto de fuerza de naturaleza política: un “acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad” y como “la continuación de la política por otros medios”. (1976, págs. 69, 87)

5

Tratándose de un autor como éste, tan vasto y profundo, debemos mencionar el peligro que trae aparejada cualquier interpretación. Como recomienda Aron, exégeta superior de su obra, refiriéndose a la definición de la guerra: “No se pueden resolver estas dificultades sino mediante el estudio comparado de los libros VI (donde aparece, en el capítulo 30, la dualidad de las especies de guerra) VIII y I, con la síntesis final del único capítulo concluido (1, I) como guía y juez en caso de incertidumbre.” (1987, págs. Tomo I, 81).

Beatrice Hauser dice que hay dos Clausewitz: el joven, idealista alemán clásico, y el que revisó su obra antes de morir, el realista. (2002). Esta intérprete advierte que lo que la mayoría de sus lectores cercanos conservaron fue la veta idealista de juventud, la que inspiró frases como “Hay un solo medio en la guerra, la batalla... El combate es la única actividad en la guerra. ...La solución sangrienta de la crisis, el esfuerzo para destruir las fuerzas enemigas es el hijo primogénito de la guerra. ...Solamente grandes batallas generales pueden producir grandes resultados en la guerra. ... No escuchemos a los generales que conquistan sin baños de sangre...” Por su parte, el Capitán Liddell Hart acusó a Clausewitz de ser el inspirador de la matanza en la Primera Guerra Mundial. (1969). El autor inglés dice que los generales de fin de siglo XIX resultaron intoxicados con el vino tinto de Clausewitz, remarcando que sus enseñanzas llevaron a alemanes y franceses, y a toda Europa, a buscar la batalla decisiva, buscando la aniquilación de las fuerzas armadas del enemigo. Según Liddell Hart, esta aplicación de las ideas clausewitzianas, muchas de ellas alejadas de su enseñanza, que evidenciaban un desconocimiento de su sistema de pensamiento, llevó a los militares europeos a la “esclavización de la razón”.

Peter Paret sostiene que Clausewitz “se fijó dos objetivos primarios: uno es penetrar por medio del análisis lógico la esencia de la guerra absoluta, la guerra “ideal” en el lenguaje filosófico de su tiempo; el otro, entender la guerra en las variadas formas que tiene, como un fenómeno social y político y sus aspectos estratégicos, operacionales y tácticos.” (1986, pág. 198). Aron expone estas diferentes concepciones de la guerra con gran precisión



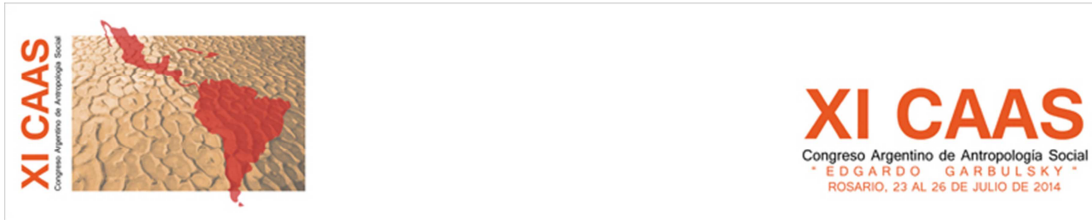
(1986, pág. 198). El Tratado está dividido en ocho libros. En el primero, se exponen las características de la guerra y los elementos esenciales a todo conflicto bélico, el peligro, los factores psicológicos y las dificultades que tiene el conductor para llevar adelante sus objetivos, que el autor define como la “fricción” de la guerra. El autor discute sobre el riesgo del campo de batalla y las reacciones del soldado con la maestría inigualable de quien ha vivido esas experiencias. Describe el campo de batalla que un bisoño puede observar en su primera vez, los disparos de fusilería, los cañonazos, el espectáculo de los heridos y mutilados, la muerte del amigo. Su prosa se aleja de la épica, aunque alcanza vuelo poético, no de la belleza sino del horror del campo de batalla. Concluye el capítulo diciendo que la guerra no es para hombres comunes: “El peligro en la guerra corresponde a la fricción de la misma; una idea fiel de ella es precisa para concebir la guerra con toda exactitud; ésta es la razón de la ligera descripción que precede”. La fricción está constituida por los elementos propios de la guerra que obstruyen y dificultan las acciones de los beligerantes, lo que hace que las cosas habitualmente salgan mal. (1976, págs. 122, 145 y 262)

¿Cuáles son las características de la guerra? Como remarcó Paret, alrededor del tema giran tres campos. (1986, págs. 206, 207, 208) Por encima de todo, la política, el ámbito donde se adoptan las decisiones de paz y guerra. La conocida fórmula: “la guerra es la continuación de la política por otros medios” es reconocida como un axioma entre los estudiosos del tema. La política prescribe los intereses nacionales, fija los objetivos por los cuales es posible que se llegue a esa instancia y decide cuándo se va a la guerra.

6

Luego, está el campo de la estrategia. La estrategia es un saber práctico, basado en la experiencia, que permite al conductor político y al militar seguir el camino correcto para alcanzar los objetivos fijados por la política. La estrategia no es ciencia, aunque se apoya en sus herramientas y tampoco es un arte. Se la puede considerar una *praxeología*, como la definió Aron (Paz y guerra entre las naciones, 1963, pág. 35). En última instancia, la estrategia elegida es una apuesta realizada en un contexto de incertidumbre, donde nadie puede asegurar el éxito. Otros autores han presentado perspectivas diferentes, entre los que se destaca Liddell Hart. Su aporte no es menor por cuanto difundió una visión restrictiva de la estrategia, preocupado por evitar una nueva conflagración mundial (Azar Gat considera al autor británico el creador de la estrategia de las democracias liberales. (Gat, 2002, pág. 50)) A continuación, la estrategia operacional; lo que los estadounidenses llaman el “arte operacional”. La estrategia operacional es el arte de combinar los recursos militares disponibles en el teatro de guerra para alcanzar los objetivos (Jomini es el autor por excelencia de este arte operativo).

Finalmente, está la táctica. Clausewitz dice que “la guerra tiene su propia gramática pero no una propia lógica”. La gramática es el combate, las reglas y principios que deben seguirse para triunfar en la batalla. La táctica es el dominio del combate. Allí se da la batalla, que para Clausewitz es el único medio para ganar la guerra. (Paret, 1986, pág. 190) Como quedó demostrado en la guerra de las Malvinas, ninguna táctica, ningún brillante general, ni el coraje de los combatientes puede remediar los errores de la política y la estrategia. Es decir, si la lógica de guerra pertenece a la política, es allí donde deben buscarse las causas del fenómeno bélico. La táctica no determina el por qué ni el cómo de la guerra, es el ámbito

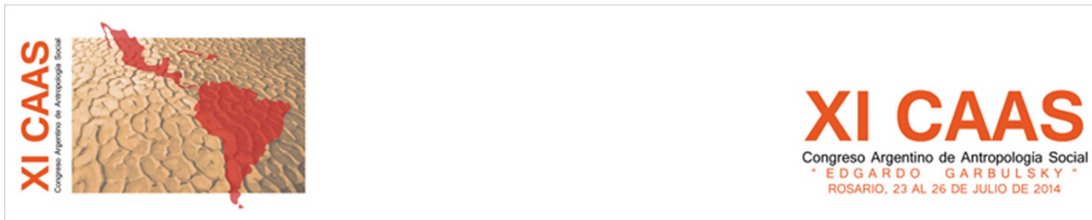


donde reinan el fuego, el acero y la sangre. Para los soldados, corresponde comprender la lógica y dominar la gramática violenta de la guerra.

Según el prusiano, la guerra es una “extraña trinidad” compuesta por la hostilidad, el azar y el entendimiento. Cada uno de estos elementos tiene un portador: la hostilidad y violencia residen en el pueblo; el azar y la incertidumbre, afectan al jefe del ejército; el entendimiento, al ámbito de la conducción del Estado, el rey o el gabinete que establece el propósito político y sus efectos. Las operaciones militares buscan causar el mayor dolor posible al adversario, para quebrar su voluntad, pero esto es propio de la táctica. La guerra en su dimensión política, que es su esencia, busca modificar un estado de las relaciones sociales. Para Clausewitz, la guerra es un acto social. En lo que respecta a su naturaleza, el prusiano concibe la guerra como un duelo. Hay dos actores que se enfrentan, entre los cuales hay uno que determina el nivel de crueldad del enfrentamiento, que al estallar, se expande naturalmente hacia los extremos. No tiene límites, más que la propia voluntad de los duelistas.

Remitamos aquí la reflexión a José Fernández Vega, quien, como Aron, empieza por definir el duelo: “El duelo no pretende mostrar la guerra tal como ella es, sino poner en manifiesto alguno de sus elementos mediante una ficción teórica encarnada en una figura individualista y física. En efecto, aquí solo se trata de imaginar la guerra como un conflicto entre dos individuos, cada uno de los cuales buscan modificar la conducta de la otra a la medida de la propia voluntad. (2005, pág. 142 y 143). En la misma conceptualización de Aron, Fernández Vega sostiene que la imagen del duelo puede incluirse en la especie de los tipos ideales weberianos: “Luego de construir la figura del duelo como una suerte de “tipo ideal” de la guerra, pero sin traducción práctica directa, Clausewitz se ocupa de explicar por qué semejante traducción se vuelve irreal. El duelo representa una guerra absoluta que, en la realidad, es imposible que sea el caso.” Agrega: “El duelo, empero, no es una representación romántica sino un constructo abstracto que revela la ineluctable violencia de la guerra, y es asimismo una crítica paródica del racionalismo unilateral de los estrategas iluministas. La figura del duelo hace patente el combate (...) y representa la ley suprema de lo bélico. Esto significa que si uno de los oponentes está dispuesto a ir al fundamento (...) de la guerra (i.e. el combate) el otro no puede negarse. El combate es ante todo una actividad mutuamente consentida y voluntaria de los contrincantes (...)” (2005, pág. 147 y 149).

La guerra es, también, esfuerzo físico y sufrimiento que exige virtudes morales y bajo esta categoría, Fernández Vega incluye “el valor individual, la capacidad psicológica de resistencia al peligro, las virtudes militares de un ejército profesional, el entusiasmo guerrero de un pueblo en la defensa y de todos los otros factores que apuntalan la voluntad de lucha. Esta última es el verdadero objeto de la disputa bélica e imprime movimiento a las fuerzas físicas que en la guerra despliegan su violencia (De la guerra, I, III, pp359)” (2005, pág. 155). La guerra “es un verdadero camaleón porque se opera en ella una delicada mutación entre esencia y apariencia impuesta por las condiciones en que se desarrolla y los fines políticos que necesariamente persigue. Las guerras cambian su carácter según las épocas, cada periodo histórico tiene las suyas (Cfr., más adelante en VK, III, VIII, 6B, p 993)” (2005,



pág. 177) Cuando un Estado decide utilizar los recursos de la violencia para obtener sus objetivos hay detrás una situación que obliga a tomar decisiones políticas, hay un desborde de las normas de convivencia entre Estados que lleva a los actores a pensar que sólo la fuerza puede dirimir el conflicto. El Estado actúa y la política que adopta es la “inteligencia del Estado personificado”, en términos clausewitzianos.

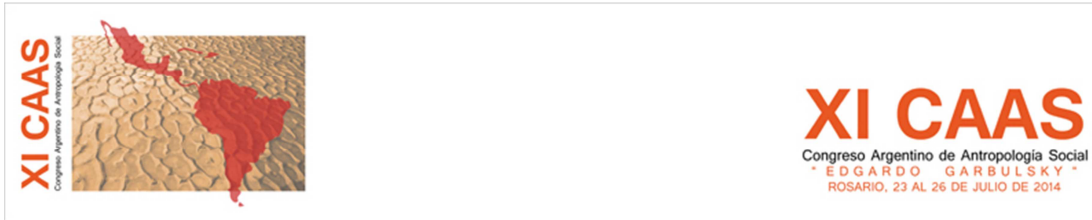
Como hemos mencionado, dice el prusiano que la guerra es “un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad (1968, pág. 28). Al respecto, agrega Fernández Vega: “Clausewitz y antes de él, como se tuvo ocasión de referir, Montesquieu y Rousseau lograron comprender que toda la tragedia de la guerra no es más que un epifenómeno, sin duda espantoso, pero indiscutiblemente funcional a un fin de otro alcance, a saber, la conquista de la voluntad ajena.” (2005, pág. 143 y 144). Del constructo del duelo surge la importancia de la estrategia y también la discusión sobre el conductor militar. Para Clausewitz, el jefe, el genio militar debe ser un hombre dotado intelectualmente, con una capacidad mental muy superior para ciertas actividades. Debe poseer, además, virtudes de carácter, que considera las más importantes, fortaleza psicológica y coraje. Paret advierte: “El uso del genio en este contexto tendría poco sentido a menos que reconozcamos que para Clausewitz el término se aplica no solamente a un individuo excepcional, sino también a las habilidades y sentimientos sobre el cual el comportamiento del hombre ordinario está basado. No podemos restringir nuestra discusión al genio propiamente dicho, como un grado superlativo de talento... Lo que debemos hacer es analizar esos dones de mente y temperamento que en combinación facilitan la actividad militar. Éstos, tomados en conjunto, constituyen la esencia del genio militar.” (Paret, 1986, pág. 203).

8

Dice Fernández Vega: “El genio o jefe militar es un líder. Su función consiste en mover grandes masas humanas disciplinadamente... El lugar que ocupa el jefe militar en el conjunto de la teoría de la guerra y su relación con la política es de carácter subordinado: el jefe debe prolongar en el campo de batalla una política que el mismo no elabora.” (2005, pág. 167). Aron remarca la diferencia entre el arte y la acción militar: en el arte, el hombre utiliza los materiales disponibles para crear una obra pero en la acción militar, el jefe utiliza los materiales humanos y materiales para realizar una obra pero con la diferencia de que existe un oponente que intenta impedirlo. Bernard Brodie sostiene que para Clausewitz no interesa tanto la imaginación ni la creatividad, pero el comandante militar debe ser inteligente y poseer carácter y fortaleza moral (psicológica). (2010) La teoría clausewitziana es oceánica y ha marcado la discusión por mucho tiempo. Sin embargo, a fines del siglo XX sus proposiciones fueron desafiadas desde muchos puntos de vista. Analicemos a continuación otra manera de estudiar la guerra, en un historiador que analizó su pensamiento con cierto desdén.

### **John Keegan y la cultura de la guerra**

Hay otra vertiente que recomienda el análisis cultural de la causas de la guerra. Esta corriente entiende la guerra como un fenómeno inserto en un contexto, como una manifestación social y cultural de una civilización y sostiene que la violencia es una característica de los seres humanos que el paso de los años no ha atemperado. Un

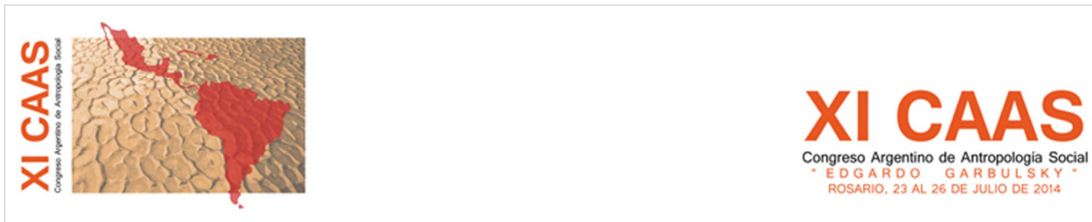


historiador inglés reconocido, Sir John Keegan, llegó a la conclusión de que las causas de la guerra son culturales, más que políticas. En una obra extensa, donde se destaca su libro "Historia de la guerra", (1995) este profesor de Sandhurst criticó la postura de Clausewitz, un autor a quien detestaba y no se preocupaba en ocultarlo, sosteniendo que el prusiano simplemente identificaba la guerra con el Estado. En el texto mencionado, Keegan conceptualiza la guerra como producto cultural de determinadas civilizaciones.

Este autor analiza la evolución de varios pueblos primitivos, los *yanomano* que viven entre Brasil y Venezuela, sobre los márgenes del río Orinoco; los *maring*, habitantes de Nueva Guinea, que sostenían batallas incruentas de carácter ritual; los *maoríes*, habitantes de Nueva Zelanda. (1995, pág. 141) La base de las referencias del autor son descubrimientos etnográficos y antropológicos que él analiza detalladamente en el capítulo denominado "Piedra". Allí, discute las teorías de los principales autores, empezando por Freud, Konrad Lorenz, Ardrey y Fox, dedicados a estudiar la conducta de los animales, los etnógrafos Latifau y Demeunier, quienes supusieron que la guerra era una actividad intrínseca de las sociedades primitivas.

Keegan refiere también la teoría de Bronislaw Malinowski, Margareth Mead y Ruth Benedict, discípula de Franz Boas. En estas autores el carácter cultural de la guerra; recorre la vida y las investigaciones del antropólogo estadounidense Harry Turney-High, quien postuló, contra la opinión de sus colegas como Margareth Mead (quien negó que la guerra fuera inherente a los pueblos primitivos) que la guerra "era una actividad universal cuyo origen se pierde en los tiempos." (1995, pág. 122). En aquella época, en Estados Unidos se produjo la difusión de las investigaciones antropológicas en todos los continentes, destinándose cuantiosos recursos a financiar estudios sobre la violencia de los pueblos primitivos, mediante costosos trabajos de campo. Los resultados de esos trabajos son presentadas por Keegan, especialmente lo descubierto sobre los mencionados pueblos *yanomano*, *maring*, *maoríes* y *aztecas* (exposición especialmente atractiva de los rituales de sacrificios humanos) pasando a un análisis pormenorizado de los orígenes de la guerra desde los homínidos, hasta los pueblos de la antigüedad. En su introducción, Keegan dice: "la antropología nos dice y la arqueología sugiere que nuestros antepasados civilizados eran sanguinarios mientras que el psicoanálisis trata de persuadirnos de que en todo hombre anida un salvaje en lo más profundo de su ser... Consideramos la cultura como el factor esencial de la conducta humana... Somos animales culturales y es la riqueza de nuestra cultura lo que nos sirve para aceptar nuestra innegable capacidad para la violencia, convencidos, no obstante, de que su brote es una aberración cultural" (1995, pág. 122).

Un ejemplo de su tesis es la civilización polinesia que habitó en la isla de Pascua, que durante mucho tiempo fue un misterio. A diferencia de otras islas, como Tahití, descritas por Bougainville como el Edén, en Pascua la civilización se extinguió, aparentemente, a causa de un conflicto violento que terminó en una mortandad generalizada. La cultura de los nativos se degeneró al punto de convertirse en un solo propósito autodestructivo: guerra endémica y canibalismo, según relatos del marino holandés Roggeveen. Estas descripciones son enfrentadas a la tesis política de Clausewitz sobre el origen de la guerra y, según Keegan, no tienen ningún poder explicativo. Para él, la guerra es cultura. Sin



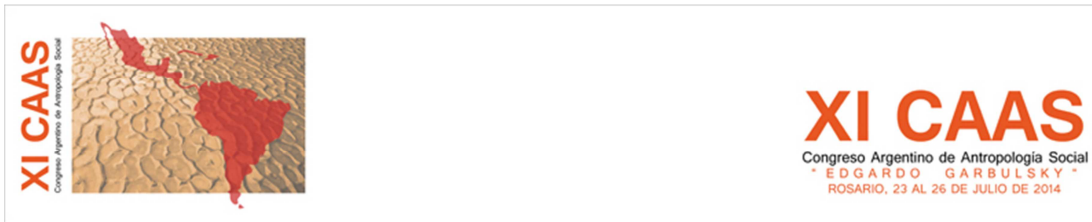
embargo, hay una categoría que el autor inglés no termina de insertar: para que haya política, debe haber Estado. Tal vez los polinesios se mataron en la isla de Pascua porque su cultura se degeneró y no supieron administrar los bienes de subsistencia, que terminaron agotándose, pero esa explicación no se puede extrapolar sin más a sociedades organizadas en Estados, donde existe la política.

En efecto, Keegan reniega de las enseñanzas de Clausewitz. Para el autor británico, éste es un producto de una sociedad feudal donde mucha gente encontraba en el servicio militar las fuentes de abastecimiento primario, comida, alojamiento y educación. En el caso de los oficiales, generalmente provenientes de la nobleza, la vida giraba alrededor del regimiento. Keegan describe detalladamente esta institución donde Clausewitz se introdujo a los doce años. Allí, el soldado prusiano recibía una disciplina rigurosa, una contención y un lugar en un mundo de pobreza y escasez. Es paradójico que en Gran Bretaña el regimiento continúa siendo el marco de referencia de los oficiales militares. Ellos ingresan a uno y pertenecen a él toda la vida; el regimiento lo “presta” para cubrir otros destinos en estados mayores a lo largo de su carrera, pero siempre será su hogar militar. Los regimientos se heredan familiarmente, tal vez una prueba más de que el Reino Unido aún posee una estructura de clases teñida de rasgos feudales. Para Keegan, el prusiano es un oficial criado en un regimiento donde recibió una educación y una formación que resumía la cultura de su entorno. Además, fue testigo y víctima de las guerras napoleónicas y pergeñó su obra sobre las bases de estas experiencias.

10

La racionalidad clausewitziana, para Keegan, estaba teñida por estas experiencias e impregnada de la cultura de la época. Para el autor inglés, la guerra no es solo política sino la cultura del pueblo y gobierno enfrentados en el conflicto bélico: “Clausewitz era un hombre de su época, un hijo de la Ilustración, contemporáneo del romanticismo alemán, intelectual, reformista activo, hombre de acción, crítico de una sociedad y apasionado creyente de la necesidad de cambio. Era un agudo observador del presente y un devoto del futuro: Pero lo que no supo ver fue lo arraigado que estaba en su propio pasado, el pasado de la clase de oficiales profesionales del Estado centralista europeo. Si su mente hubiese dispuesto de otra dimensión intelectual (y no se puede que poseía una mentalidad nada corriente) habría sido capaz de percibir que la guerra implica mucho más que la política y que siempre es una expresión de la cultura, muchas veces un determinante de las formas culturales y, en algunas sociedades, la cultura en sí.” (1995, pág. 31).

La “Historia” de Keegan es una tesis contra el “Tratado” de Clausewitz: las raíces de la guerra son algo más profundas que la continuación de la política. En la introducción y conclusión, presenta esta tesis con elocuencia y los capítulos internos grafican una descripción importante de la evolución bélica y la importancia de la tecnología en el arte de la guerra, que Clausewitz en cierta forma desdeñó; las formas de guerra asiática y el modo occidental de hacer la guerra, que constituye un hallazgo destacado. Azar Gat, un historiador israelí que desarrolla su investigación en la línea marcada por Keegan, dice: “En su Historia de la guerra, John Keegan critica directamente a Clausewitz por igualar la guerra con el estado. En oposición a Clausewitz, también argumentó que la razón de la guerra es “cultural” más que meramente “política”, en el sentido de que expresa una mayor diversidad,



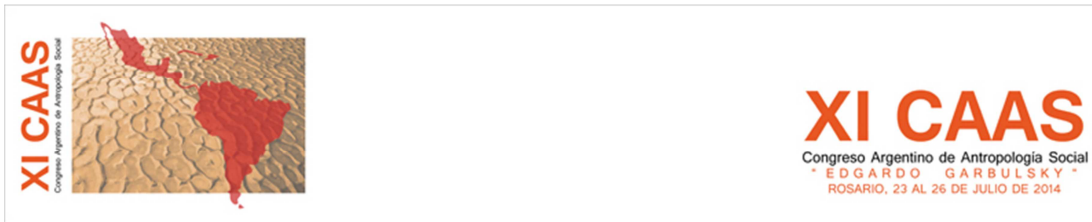
reflejando un modo de vida de la sociedad, una identidad, religión e ideología” (2006, pág. 607). Para Keegan, hoy la guerra ha perdido utilidad, es un instrumento que sufre de “crónica indecisión”, no resuelve los dilemas políticos, no es la continuación de la política por otros medios sino la “bancarrotta” de la política.” (Byrne, 1999)

Otra diferencia de Keegan es su negación de la estrategia como disciplina intelectual. Al respecto, Eliot Cohen considera al británico un nihilista de la estrategia: “John Keegan es quizás el historiador militar más leído de finales del siglo XX, que presenta cuestionamientos y aún repudios a la estrategia en nuestro sentido de dirigir la Guerra hacia una meta política.” (2002, pág. 236) Este descrédito de la estrategia se encuentra en otros autores, empezando por Tolstoi (a quien Stanley Hoffmann atribuye la descripción de la tensión entre azar y necesidad en “Guerra y Paz”) y continúa a través de aquellos que no comparten la visión clausewitziana. Cohen menciona a Gerard Ritter y a Russel Weigley, historiadores alemán y estadounidense, respectivamente. Cita a Ritter: “La teoría de la guerra de Clausewitz predica que los estadistas, cuyo carácter es a menudo movido por impulsos de grandeza, heroísmo, honor, poder nacional y libertad, hombres motivados por calmas razones políticas lejanas a la intriga o ventajas, más que a odios ciegos. Presupone además que los soldados acostumbrados a mirarse como leales servidores de su comandante supremo, nunca corren peligro de ser dirigidos por ambiciones políticas o celos, militares, para quienes ni siquiera se les ocurre la idea de oponerse a su soberano señor de la guerra o explotar el apoyo popular para sus propios propósitos.” (2002, pág. 236).

11

En esta idea, según Cohen, Keegan rechaza el control civil de Huntington porque la estrategia es incompatible con la naturaleza humana. Dice Keegan: “Estoy cada vez más tentado de creer que no existe esa cosa de la estrategia.” (1987, pág. 7) Al respecto, Cohen opina que: “Keegan rechaza lo que denomina el modelo clausewitziano de Guerra –la que envuelve el control racional de la violencia para servir a una meta política– porque cree que es el ser humano quien implementa la estrategia y no simplemente la instrumentalidad de la batalla es intrínsecamente utilizada para esa tarea. El espíritu guerrero es ineluctablemente opuesto a la política y lleva la guerra en direcciones que no tienen sentido.” (2002, pág. 238).

Luego, dice Keegan: “La guerra... no necesita implicar política porque los valores de aquellos que hacen la guerra –guerrerismo– rechaza la disuasión y diplomacia para la acción.” Considera que la fórmula responde a una visión limitada del mundo, circunscripta al contexto en que Clausewitz nació y creció, el Estado prusiano y el regimiento. Estas influencias, sumadas a las campañas Napoleónicas que asolaron a su país, dominaron su pensamiento de manera tan estrecha, que no le permitió observar la guerra en otros contextos.” Keegan busca superar estas limitaciones buceando en la guerra fuera de Europa, diferenciando el modo occidental del modo asiático de hacer la guerra. Para probarlo, estudia detalladamente el fenómeno bélico entre los mamelucos y los samuráis, además de los pueblos indígenas de América. Desmerece la obra de Clausewitz diciendo que su teoría no explica la guerra revolucionaria, tampoco la disuasión nuclear o las operaciones contra crímenes actuales como el narcotráfico. Según Clausewitz, “los soldados luchan y mueren por intereses nacionales” pero replica que éstos no son juicios ni principios

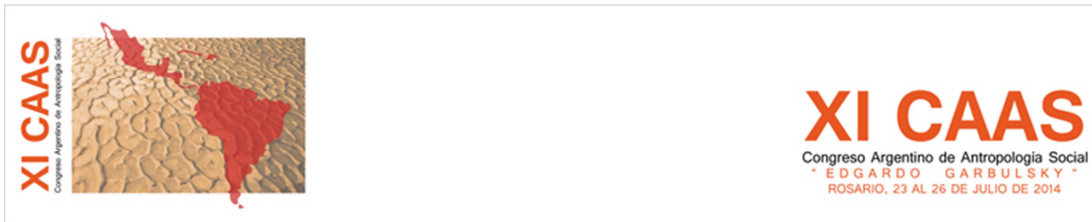


universales inamovibles. No tienen en cuenta el rol preponderante que juega la cultura en todos los fenómenos sociales, incluyendo a la guerra. Keegan llega a deslizar que la batalla ha desaparecido del mundo. En “El rostro de la batalla dice que “crece la sospecha de que la batalla se ha abolido a sí misma.” (1976, pág. 336)

Otro libro interesante es “La máscara del comando. Un estudio del generalato.” (1999) El autor analiza los estilos de conducción de grandes genios militares de la historia, en una periodización original. En el período que denomina del “liderazgo pre heroico” describe el modo de conducir a sus hombres de Alejandro de Macedonia. Luego, describe a quien considera el epítome del conductor militar, Arturo Wellesley, duque de Wellington, a quien caracteriza como un “anti héroe”. Entre los estadounidenses, elige a Ulises Grant para presentar lo que denomina el “liderazgo no-heroico”. Para expresar un modelo del liderazgo fallido, expone el modo de mandar de Hitler, en el período que llama de “falso heroísmo”. Finalmente, analiza el liderazgo durante la guerra Fría, época que denomina del “post heroico”.

Sin embargo, la concepción trinitaria y su consecuencia de que muchas veces la ideología puede influir decisivamente ha sido apoyado por algunas investigaciones. Entre ellas, se destaca la obra de Omer Bartov, quien en su libro “Hitler’s Army” refuta la antigua visión de la *Wehrmacht* como un ejército alejado de la influencia nazi. Bartov sostiene que lo que convirtió al ejército alemán en una máquina militar impresionante fue precisamente la inflamación popular por parte del gobierno, con un propósito político, donde las fuerzas armadas no quedaron aisladas. La ideología del régimen, que Bartov detecta a través de documentos como los diarios de guerra, informes y la correspondencia de todo nivel, de oficiales, suboficiales y soldados jugó un papel preponderante en la conducta del ejército de Hitler en la campaña de Rusia, la más importante de la Segunda Guerra Mundial. A eso se sumó el carácter represivo y homicida del nazismo que implementó la ejecución por parte de la propia tropa, a los desertores y aún en casos de defeción en la batalla (el autor sostiene que fueron ejecutados entre 13.000 y 15.000 alemanes). La ideología y el temor a los propios superiores parece ser la clave de la voluntad de pelear tan ferozmente. (1992) Si seguimos la hipótesis de Keegan, el pueblo más ilustrado de Europa nunca podría haberse convertido en una maquinaria sanguinaria, capaz de cometer los peores crímenes. La convicción de la causa nazi hasta el fanatismo, fruto de una prédica política corrosiva en épocas de crisis, además del temor a la ejecución sumaria por cobardía tuvieron efectos más poderosos que la cultura de una civilización avanzada. El trabajo de Bartov, sin proponérselo, parece sustentar la concepción trinitaria: la profunda hostilidad, la violencia llevada a los extremos y el azar de las operaciones militares permiten comprender las feroces acciones alemanas en su duelo con la Unión Soviética. Asimismo, la ideología política, más que cultura teutona parece explicar mejor la conducta del ejército alemán en la campaña de Rusia.

Más allá de la refutación de las hipótesis de Keegan, los descubrimientos de Bartov robustecen la importancia del modelo del profesionalismo militar de Huntington. El profesionalismo militar, en vez de perder importancia, cobra mayor relieve porque es, definitivamente, esencial a la democracia liberal, fundamentalmente en lo referido al “control



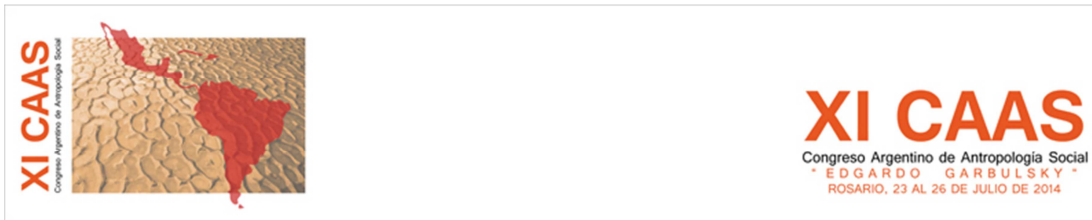
civil objetivo de las fuerzas armadas”. (1995) En este punto, resulta conveniente analizar la visión de un autor que descrea de la vigencia y validez del profesionalismo militar.

### **Martin van Creveld: La guerra se transforma**

En 1991, Martin Van Creveld<sup>iii</sup>, un profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén publicó “La Transformación de la Guerra”, un libro que alcanzó gran repercusión, cuyo subtítulo indica las pretensiones de la obra: “La más radical reinterpretación del conflicto armado desde Clausewitz.” (2007) Si bien nunca habla de la guerra de cuarta generación (4GW, por sus siglas en inglés) desarrolla extensamente los conceptos ya sugeridos por el coronel de Infantería de Marina estadounidense William Lind y sus colegas, quienes en 1989 publicaron un artículo: “El rostro cambiante de la guerra: hacia la cuarta generación” (1989) Enunciaron allí los primeros rudimentos de la guerra asimétrica, donde un pequeño número de combatientes podía causar daño en la “retaguardia” enemiga o en sus puntos débiles. Este tipo de conflicto se alejaba del esquema tradicional al disminuir la importancia del nivel operacional y el acrecentamiento de las acciones tácticas. El artículo hablaba de la insurgencia o conflicto de baja intensidad y Lind posteriormente extiende su idea a la guerra contra el terrorismo.

Al respecto, si bien una de las herramientas más comunes de las ciencias sociales es la clasificación, clasificar la guerra en “generaciones” puede servir para la difusión ante el gran público o para generar una doctrina que pueda ser utilizada de manera acrítica en períodos de gran confusión, pero en un tema tan complejo, clasificar puede hacer caer en errores. Se pueden proponer clasificaciones atractivas que, sin embargo, revelen sólo la propia ideología o simplificaciones que sólo sirvan de guía y motivación. Un punto importante remarcado por Clausewitz es que la guerra no se repite y, por lo tanto, la clasificación parece inconveniente.

En este clima intelectual, Van Creveld se hace el interrogante que guía nuestra indagación, ¿a qué se debe la violencia organizada? Aprecia que la guerra, lejos de ser solamente un medio, con frecuencia es una finalidad en sí misma. Define a la guerra como “una actividad sumamente atractiva, que aún no tiene sustituto adecuado” en las sociedades contemporáneas. Como Keegan, cree que los Estados modernos se desarrollaron, en parte, gracias a sus capacidades para guerrear. En los dos primeros capítulos de su libro más conocido repasa la historia de la guerra hasta 1945. El advenimiento de las armas nucleares lo cambió todo, tanto en la estrategia como en las relaciones internacionales; bajo el paraguas de la mutua destrucción asegurada, las guerras pasarían a ser subestatales. En un artículo posterior, “Through a Glass, Darkly. Some Reflections on the Future of War”, expande estos conceptos, desarrollando una reseña de la evolución de la guerra en el último milenio (desde el año 1000 a 1945) para ver que puede ocurrir en el futuro. Allí repite que a partir de 1945, con la bomba atómica, la evolución se interrumpe y cambia de dirección. Las armas nucleares tienen consecuencias decisivas en los ejércitos, las fuerzas aéreas y marinas porque las grandes potencias ya no podrían enfrentarse en guerras, por el peligro de la guerra nuclear (2000).

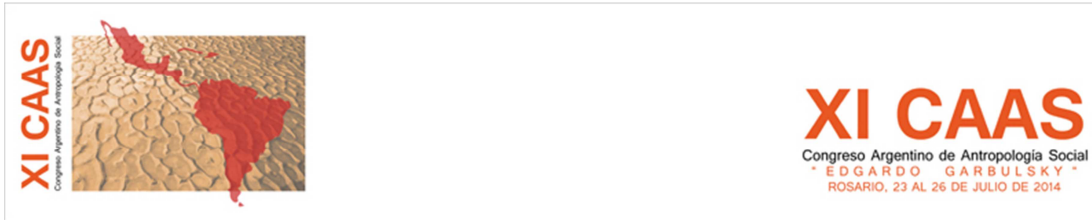


En “La Transformación de la Guerra” analiza los conflictos librados después de la Segunda Guerra Mundial, y los define como conflictos de baja intensidad. Su primera conclusión es que gran parte de estos conflictos provocaron cambios importantes en la distribución interna o internacional del poder, tanto en China, Vietnam, Argelia o en África. La mayoría de las guerras convencionales de las últimas décadas terminaron en un estancamiento o bien en la restauración del *statu quo* anterior a la conflagración. Pone como ejemplos a Corea, Vietnam, y la Operación *Desert Storm* (la única excepción es la Guerra de los Seis Días). La segunda conclusión es que “el Estado territorial, con un ejército convencional no ha logrado derrotar en forma decisiva los conflictos de baja intensidad”. De allí, infiere que es necesario reflexionar sobre si ambos no se estarán volviendo obsoletos. Dice van Creveld: “El presente volumen, además, tiene un mensaje, a saber: que el pensamiento” estratégico” contemporáneo sobre cada uno de estos problemas es fundamentalmente imperfecto y además, enraizado en una concepción del mundo “clauswitziana” que es tanto obsoleta como errónea. No estamos ingresando a una era de competencia económica pacífica entre bloques comerciales; si a una de las guerras entre grupos étnicos y religiosos. Aun las formas más conocidas de conflicto armado están siendo relegadas al arcón de los recuerdos, mientras que formas radicalmente nuevas están elevando sus cabezas listas para tomar su lugar. Hoy en día, el poder militar desplegado por las principales sociedades desarrolladas, tanto en “Occidente” como en “Oriente”, es casi irrelevante para cumplir con su tarea principal; en otras palabras, dicho poder militar es más una ilusión que una realidad.” (2007, pág. 15)

14

Van Creveld afirma que los conflictos predominantes serán los de baja intensidad, enfrentando a grupos raciales, religiosos, sociales y políticos particulares, que no pueden ser controlados. Sostiene que la demanda más importante de toda comunidad política es la protección al ciudadano de la violencia. Si el Estado territorial, como él lo llama, no puede dar esa protección, no tiene futuro: “A menos que las sociedades en cuestión estén dispuestas a acomodarse en pensamiento y acción a las nuevas realidades, alcanzarán un punto donde ellas ya no serán capaces de emplear la violencia organizada. Una vez que hayan alcanzado esta situación, su supervivencia como una entidad política cohesiva será, incluso, puesta en duda.” (2007, pág. 15) Los estados débiles del Tercer Mundo serán los primeros en desaparecer pero también podría ocurrirle a Europa, Japón e incluso Estados Unidos, si no actúan para revertir la decadencia económica. Los sectores en pugna caerían en manos de líderes carismáticos, en desmedro de las instituciones tradicionales. En ese caso, las causas de la guerra habría que buscarlas en lealtades fanáticas basadas en ideologías y el profesionalismo perdería sustancia.

Según este autor, la guerra evolucionó dejando atrás las enseñanzas de Clausewitz, especialmente la concepción de la guerra trinitaria. La guerra ya no se daría entre Estados, afirma van Creveld: “El universo clauswitziano descansa en la asunción de que la guerra es predominante hecha por Estados, o para ser exactos, por gobiernos. Hoy los estados son creaciones artificiales; cuerpos corporativos que poseen una existencia legal independiente del pueblo al cual pertenecen y cuya vida organizada reclaman representar. Como el propio Clausewitz estaba bien consciente, el estado, como lo entendemos, es una invención moderna. Sin embargo fue solo a partir de la paz de Westfalia en 1648 que existe el estado;

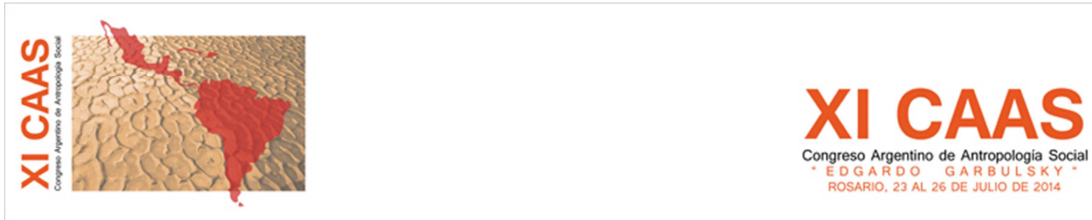


realmente por esta razón, entre otras, es que hablamos de la “era moderna” como opuesta a todo lo anterior. Aún más, la mayoría de las regiones no europeas del mundo nunca conocieron al estado hasta que emergieron de los procesos de colonización y descolonización durante los siglos XIX y XX. Se sigue de ello que donde no había estados, tampoco existía la triple división en gobierno, ejército y pueblo. Igualmente, no sería correcto decir que en tales sociedades la guerra era hecha por los gobiernos empleando ejércitos, en nombre del pueblo o sus expensas.” (2007, págs. 79-80) Para él, la “trinidad” estaba conectada directamente con el sistema Europeo de Westfalia, donde los Estados eran el eje del sistema y ostentaban el monopolio de la violencia. Al cambiar las circunstancias, la guerra pierde efectividad para dirimir los conflictos entre Estados, especialmente por la aparición de las armas nucleares que eliminan la guerra como posibilidad. A menos que se estuviera dispuesto a la eliminación de la especie humana, lo que se verificaba desde la Segunda Guerra Mundial, entonces, es el conflicto de baja intensidad. Al perder el Estado el monopolio de la violencia, la guerra se hace entre otros actores tales como entidades étnicas, bandas criminales o guerrillas. Esto significa el empleo de la violencia fuera del marco estatal, una situación “no trinitaria” a la que se llega de manera “gradual, desigual y espasmódica.” La guerra trinitaria no sería ya guerra con mayúsculas, sino una más de sus múltiples formas.

15

Van Creveld privilegia el concepto que parece disculparlo de pensar en otros términos. Como no podían enfrentarse directamente, el conflicto estallaba en territorio de sus aliados en el mundo periférico. Los indicadores de la implicación de las grandes potencias pueden buscarse en los asesores militares desplegados en esos países: “La gran mayoría de las guerras desde 1945 han sido conflictos de baja intensidad. En términos tanto de bajas sufridas y de resultados políticos alcanzados, estas guerras han sido incomparablemente más importantes que cualquier otra. Mientras que los países desarrollados a ambos lados de la cortina de hierro han participado en estas guerras, el legado colonial ha significado que, como un todo, los estados occidentales se han visto mucho más envueltos que aquellos del bloque oriental. Aparte de Afganistán, mayor presencia soviética en otro país fuera de Europa Oriental desde 1945 ha consistido en unos 20.000 consejeros de Egipto. Desde 1969 a 1972 manejaron la masa de los sistemas de defensa aérea y también adiestraron al ejército Egipcio. La presencia cubana en Angola ha sido igualmente grande y más prolongada, siendo esta prolongación una muestra por si misma de su fracaso. Por el resto, aun el esfuerzo soviético en Afganistán quedó empequeñecido por el norteamericano en Vietnam. En términos numéricos, no así por el equipamiento, las fuerzas empeñadas por los soviéticos en Afganistán fueron comparables con las fuerzas expedicionarias con las cuales Francia actuó en Indochina desde 1948 a 1953.” (2007, págs. 47-48)

Como los conflictos de baja intensidad serán predominantes, resultaba posible que, en el futuro, las fuerzas armadas abandonaran sus configuraciones convencionales y se transformarían en fuerzas policiales o irregulares. Si el combate de baja intensidad se prolonga, devendrá en una lucha entre pandillas, dejará de ser la guerra convencional, ya no tendrá las características que le daba Clausewitz, para perseguir los intereses del Estado, sino para dar muerte a los líderes del bando enemigo. El Estado y los ejércitos nacionales surgidos de la Revolución Francesa se volverán obsoletos, así como la estrategia clásica.



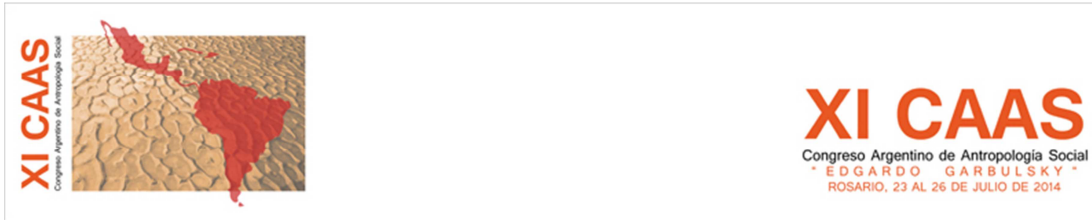
Las configuraciones tradicionales de los ejércitos serán inaplicables y deberían mutar a organizaciones de tipo guerrillero. El conflicto de baja intensidad se concentraría en zonas como Belfast, Sarajevo o Gaza; las campañas como Tormenta del Desierto no se volverían a repetir. “Bajos tales circunstancias hablar de guerra, en términos clausewitzianos modernos, como algo hecho por el Estado por un fin político es malinterpretar la realidad.” (2007, pág. 83) Sostiene van Creveld que los problemas del futuro se podrían solucionar con agrupaciones de Fuerzas Especiales ya que no aparecería ningún competidor de fuste al poderío de los Estados Unidos. Pensamiento propio del optimismo de los 90, predice la inutilidad de las fuerzas armadas. Dice el autor: “Un fantasma recorre los corredores de los estados mayores generales y los ministerios de la defensa de todo el mundo “desarrollado”: el temor a la impotencia del poder militar, aún a su irrelevancia.” (2007, pág. 17) En otro artículo desacredita la educación militar clásica, especialmente la de los Estados Unidos, sosteniendo que la educación de las escuelas de guerra tiene poco impacto en la eficacia en batalla. Más aún, cree que en la era nuclear, la efectividad militar tradicionalmente entendida tal vez no importa más. (The Training of Officers: From Military Professionalism to Irrelevance, 1990)

16

El autor escribe “La Transformación de la guerra” en 1991, pero el énfasis exagerado puesto en los conflictos de baja intensidad y pronto fue desmentido en los hechos. Durante esa década ocurrieron muchos enfrentamientos bélicos como el de Ecuador y Perú, las guerras en los Balcanes, la guerra en la zona de los grandes lagos de África, la guerra en Liberia, Sierra Leona, Sri Lanka, Nepal, Colombia, las revoluciones árabes, la invasión a Georgia por parte de Rusia, los enfrentamientos en Ucrania. Las guerras en el Golfo Pérsico, la campaña de Afganistán, la guerra en Medio Oriente, el enfrentamiento entre India y Pakistán, son ejemplos de que la guerra clásica no desapareció.

Pero van Creveld no se queda en medias tintas, quiere refutar a Clausewitz: “Uno puede, por supuesto seguir a los politólogos modernos sin necesidad de enfatizar en Clausewitz e identificar a la guerra con el Estado. Esta línea de razonamiento nos lleva a la conclusión de que donde no hay Estado, cualquiera sea la violencia armada que tenga lugar, no califica como guerra. El efecto de tal clasificación arbitraria podría, sin embargo, dejar afuera a la gran mayoría de las sociedades que alguna vez han existido, incluyendo no sólo a las “primitivas” sino a algunas de las más avanzadas desde la Atenas de Pericles para abajo. Peor aún, en el pasado reciente este punto de vista ha evitado que los conflictos de baja intensidad sean tomados seriamente hasta que fue demasiado tarde. Tanto en Argelia como en Vietnam, para no mencionar a la Ribera Occidental, los primeros levantamientos fueron descartados como simple bandidaje que las “fuerzas del orden” suprimirían fácilmente. Tanto por razones prácticas como teóricas, alguna parte de nuestro bagaje intelectual merece ser tirado por la borda, seguramente no son los registros históricos, sino la definición clausewitziana de guerra la que nos evita entenderla como lo que es realmente.” (2007, págs. 89-90).

Del mismo modo que Keegan, Van Creveld no ceja en su desdén al autor prusiano. Dice que no solo ha perdido vigencia sino que es una receta para la derrota.: “Interviniendo el orden, sostengo que los principios fundamentales del universo clausewitziano están

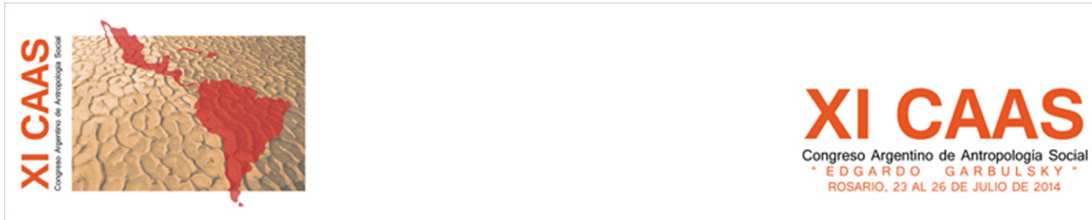


equivocados y al estar equivocados; también, constituyen una receta para la derrota.” (2007, pág. 215) Su opinión sobre la guerra no es desdeñosa, mucho menos hacia los combatientes, algo esperable para un ciudadano israelí, cuyo Estado es tal vez el único conformado por ciudadanos soldados. En este sentido, hay en el libro una parte que nadie que desee conocer profundamente lo que sienten quienes pasaron por un campo de combate puede dejar de leer: “Al final, la razón por la cual se lucha no puede ser una cuestión de interés, porque los hombres muertos no tienen intereses... Teniendo en cuenta que la guerra es la prueba de que el hombre no está motivado por intereses egoístas; tal como lo atestigua el significado original del término Barseker (luchador santo), la guerra por varias razones es la más altruista de las actividades humanas, relacionada incluso con lo sagrado. Es la ausencia de interés de parte de aquellos que se enfrentan al muerte o que mueren en el enfrentamiento lo que explica porque la sociedad les confiere tan grandes honores hasta el punto en que, como los héroes griegos, son llevados al panteón y son convertidos en dioses.” En esa dirección, remarca la inocencia del soldado con respecto a las decisiones de guerra y paz (2007, pág. 216).

Se oye habitualmente que en la guerra no hay ley. No es así. En esa afirmación reside el origen de la mayoría de las aberraciones cometidas en los conflictos bélicos. En su afán anti clausewitziano, van Creveld acusa al pensador prusiano de crímenes que no cometió. Malinterpreta, también, la frase del prusiano “la ley de la guerra consiste en saber que las limitaciones auto impuestas no merecen mencionarse.” (2007, pág. 100) Sin embargo, Clausewitz, pensador realista, es también un liberal. Habla de la guerra que observó en su tiempo, sin referirse al deber ser. Como liberal, en realidad nunca dijo que no hay ley en la guerra, lo que dice sobre la necesidad de ley en la guerra es pertinente (2007, pág. 130). En la misma frecuencia, “Guerras Justas” de Alex Bellamy desarrolla el tema de la legitimidad de la guerra, de la ley y regulación que debe existir en el uso de la fuerza. Se trata de un análisis riguroso y detallado sobre el problema de la guerra y sus derivaciones éticas. (Bellamy, 2009) Respetar las Convenciones de Ginebra, acordada en el cuerpo del Derecho Internacional de los Conflictos Armados, conocerlo y enseñarlo es un imperativo de todos los que tengan alguna responsabilidad sobre tropas. Hay, también, imperativos categóricos, la tortura está mal siempre, los prisioneros deben ser respetados siempre.

En este aspecto, Van Creveld diferencia bien los guerreros de los asesinos: “De hecho, la guerra no comienza cuando algunas personas matan a otras; en cambio, siempre existentes, los que sí son parte de la primera situación, pero no de la segunda, no son llamados guerreros sino carniceros, asesinos, homicidas y otra cantidad de epítetos todavía menos halagüeños... Quienes son responsables por estas muertes, en general, tampoco cuentan con el respeto que les es reservado a los guerreros.” Aquí se acerca mucho a las prescripciones clausewitzianas. (2007, págs. 216-217 y 218).

Aun cuando expresamente se diferencia de Clausewitz, se le parece mucho en su concepción del soldado, pero se lo debe estudiar en su espíritu humano y no desde la estrategia. Su idea del combatiente refleja admiración y respeto. También hay admiración en su descripción del combate, donde suscribe la metáfora de Clausewitz: “Para utilizar la propia metáfora de Clausewitz, el combate y el derramamiento de sangre son a la guerra, lo



que el pago en efectivo es a lo negocios. Sin importar cuán esporádicamente ocurra en la práctica, por si solo le otorga significado a todo el resto.” Más adelante, evidencia su respeto reverencial por los oficiales, que marchan al combate con armas simbólicas, a ser muertos, con pocas posibilidades de que sus hombres los sigan a la muerte. (2007, págs. 219-220).

Van Creveld sostiene que la guerra está inserta en la naturaleza humana, en su aspecto lúdico. La guerra es como el deporte, tal vez el más atractivo porque pone la vida en juego: Asimismo, su admiración hacia el combatiente es explícitamente expresado con palabras sencillas: “En breve, el peligro es lo que sustenta la guerra. Como en cualquier deporte mientras más grande es el peligro, más grandes son, tanto el desafío de enfrentarlos, como el honor que va asociado con ello.” (2007, pág. 224). Expresa su admiración por quienes han tenido la experiencia del combate. : “Lo que identifica a la guerra, lo que la hace única, es precisamente el hecho de que es la más peligrosa de todas las actividades, es una actividad que hace que todas las demás parezcan pálidas comparaciones y que ninguna otra la pueda sustituir de manera satisfactoria.” (2007, pág. 225) Y sorprende su comparación de la guerra con el acto sexual, una actividad que hace a los combatientes ser ellos mismos, completamente humanos: “En el conjunto de las experiencias humanas lo único que se le asemeja es el acto sexual, esto es evidente también, en el hecho que algunos términos se usan para describir ambas actividades... A partir de los días de Homero ha existido la noción de que, en un cierto sentido, solo aquellos que han arriesgado sus vidas por voluntad propia, aun con alegría, pueden ser completamente ellos mismos, completamente humanos.” (2007, págs. 225-226)

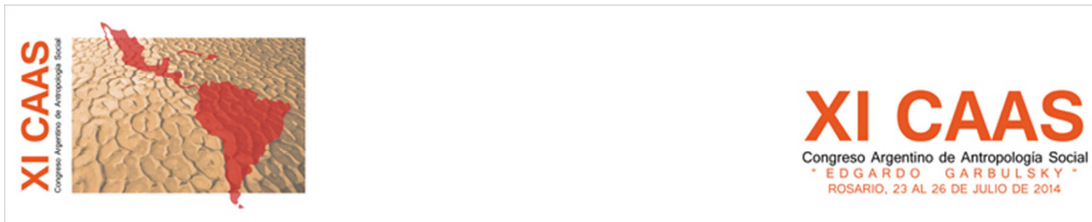
18

Van Creveld no se siente capaz de decir porque los hombres pelean, pero está seguro que no es política sino un deporte: “Hasta cierto grado la guerra, antes que otra cosa, consiste en pelear; en otras palabras, un voluntario arriesgarse no es la continuación de la política sino un deporte. Precisamente, porque es instrumental por naturaleza, el pensamiento estratégico no solo falla al decirnos porque las personas pelean sino que evita, en primer lugar, realizar la pregunta. Sin embargo, yo sólo puedo repetir que, en cualquier guerra, ésta es la pregunta más importante de todas. Por más poderoso que un ejército puede ser en otros aspectos, donde falta la voluntad de vencer, todo lo demás es una pérdida de tiempo.” (2007, pág. 259).

### III. Algunas conclusiones

Este trabajo presenta una discusión sobre los orígenes y la naturaleza de la guerra, apoyándose en la opinión de Carl von Clausewitz, John Keegan y Martin van Creveld. Con respecto a las categorías que interesan, el origen y la naturaleza de la guerra, Clausewitz considera que las causas del fenómeno son políticas y que la guerra es por naturaleza un acto social; Keegan cree que las causas de la guerra son culturales y que por naturaleza la guerra es un ritual cultural propio de cada civilización; Van Creveld sostiene que las causas de la guerra son sociales y que la misma reside en la naturaleza humana, en su espíritu lúdico y deportivo.

Para evaluar las causas y la naturaleza de un conflicto armado parece necesario separar los campos de la política, la estrategia y la táctica. Allí podrían encontrarse algunas diferencias



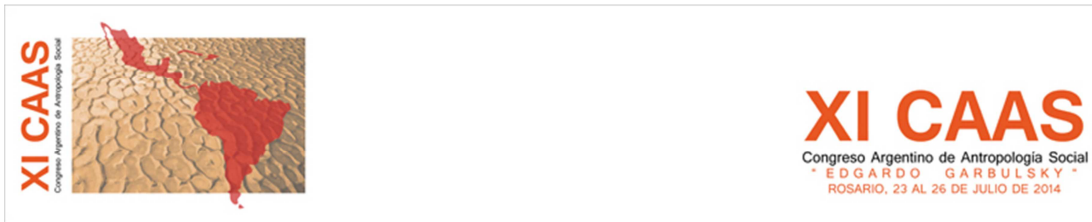
de las perspectivas teóricas de Keegan y van Creveld, ya que ponen énfasis en aspectos tácticos, en procedimientos como la guerrilla o el combate insurgente (van Creveld) o los procedimientos de combate en occidente, América o el Asia (Keegan) mientras Clausewitz habla de la guerra en un nivel teórico de mayor abstracción. Si bien aquellos ofrecen opiniones interesantes, tratándose de historiadores que han escrito obras de trascendencia, de las argumentaciones se puede conjeturar que las causas políticas de la guerra parecen proveer explicaciones convincentes.

Martin Van Creveld considera que en el mundo actual la guerra asimétrica es un elemento determinante en la organización política, económica y social, y, de hecho, da una gran importancia estratégica a los conflictos de baja intensidad, a los que señala como un peligro inevitable de la vida moderna. Keegan dice que el mundo cambia, pero considera que el cambio pasa por la cultura. Tomando como base la cultura, el historiador explica los fenómenos sociales que provocan el cambio y entre ellos, está la guerra. Sin embargo, sostiene que, debido a que nadie está dispuesto a aceptar los costos humanos de las guerras, es posible que ésta se abandone como práctica normal. Está genuinamente convencido de que se puede controlar la violencia pero sugiere que la cultura occidental nunca ha limitado la guerra. El Derecho Humanitario, las leyes de guerra, la disuasión, el control de armamentos, etc., no surtieron efecto durante el siglo XX, pero a pesar de todo, parece vislumbrar un mundo sin guerra.

19

Keegan y van Creveld sostienen la idea de que los Estados se conformaron básicamente por sus capacidades para hacer la guerra. Creen que en el pasado se iba a la guerra para protegerse de los enemigos, por rituales religiosos, por bienes, mujeres o por la competencia económica. Esta idea interesa a ambos, pero ninguno arriesga el modo en que se puede lograr una convivencia más pacífica. Keegan describe un mundo de escasez, pero cree posible que en el futuro el hombre decida abandonar la guerra y avanzar hacia sociedades más pacíficas. A pesar de describir por qué luchan los hombres, no define claramente por qué puedan decidirse por no luchar.

Keegan considera a la guerra un ritual simbólico que tiene oculta una sabiduría que merece ser descubierta (aparentemente deja entrever que desea perpetuar ese ritual). Cree que Clausewitz es un pensador estrecho de mente, producto de la cultura del regimiento prusiano, que exigía obediencia ciega a una disciplina salvaje, que sin embargo traicionó a su rey, desobedeciendo sus órdenes (Christopher Bassford cree que la observación de Keegan está teñida por sus contactos con los oficiales británicos, donde la cultura del regimiento es determinante). Además, lo considera un filósofo brutal, agresivo y militarista, producto de las frustraciones que sufrió al no recibir los honores que esperaba. Clausewitz, sin embargo, tuvo un feliz matrimonio con la mujer elegida, recibió el título de nobleza que solicitó a la corona y ascendió a general, destaca Brodie, por lo que las causas de frustración alegadas no parecen plausibles. (2010) Es, finalmente, la causa intelectual del desastre europeo de la Primera Guerra Mundial, un teórico cuyas ideas son obsoletas, irrelevantes y activamente peligrosas. Keegan recibió críticas por estas opiniones. Su opinión sobre Clausewitz fue fuertemente criticada por desinformada e imprecisa por Peter Paret, Christopher Bassford y Richard Swain. Richard Betts critica su comprensión de las



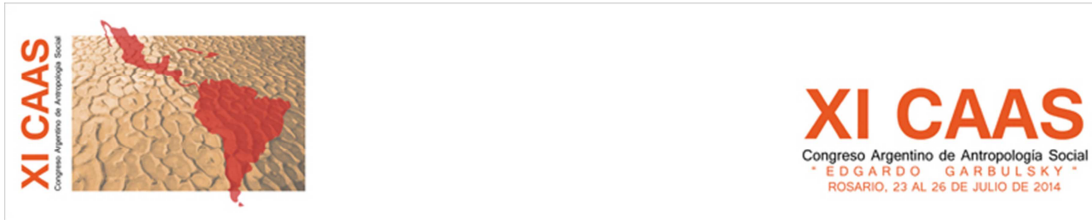
dimensiones políticas de la guerra, sosteniendo que es un ingenuo en cuestiones políticas. (Binder, 2012)

El mencionado Bassford recuerda que para otro historiador inglés, Michael Howard, mucho de lo que dice Keegan “está profundamente equivocado”. Bassford sostiene que nada en la obra de Keegan refleja alguna lectura de los escritos del prusiano, y la “Historia de la guerra” es un error intelectual. Dedicó un ensayo a poner de manifiesto los errores intelectuales del autor. Por ejemplo, Keegan sostiene que Clausewitz pelea por llegar a una teoría universal sobre lo que debe ser la guerra, a lo que Bassford responde que su teoría es descriptiva, no prescriptiva y que su condición analítica le permite ser utilizada aún hoy. La teoría en Clausewitz es una guía para el estudio, no una guía para la acción. Aunque insta a los políticos y generales a ver la guerra a través de sus implicancias racionales, nunca sostiene que ellos vayan a actuar racionalmente. No hace predicciones de cómo van a actuar los soldados, no es una verdad absoluta sino un “flexible marco analítico”, dice Bassford. (2014, pág. 11). Como dice Brodie, Clausewitz rechazó los axiomas implicados en los llamados “principios de la guerra”: “Aunque apenas pudo evitar establecer ciertas generalizaciones, lo cual es inevitablemente el resultado y el fin del estudio analítico, rechazó de forma expresa y vehemente la noción de que la conducción de la guerra pueda guiarse razonablemente por medio de un reducido número de concisos axiomas. Fue Jomini, no Clausewitz, el responsable de la conocida afirmación de que “los métodos cambian, pero los principios son inalterables”, en gran parte porque Jomini tuvo mucha influencia en el pensamiento militar de su época y de las posteriores, al menos entre los no alemanes.” (2010, pág. XXXVIII)

20

Otro grave error de Keegan es, dice Bassford, la definición unidimensional de la política, afirmando que la guerra es una extensión rutinaria de la política del estado. Para el prusiano, la guerra es una herramienta racional de una política racional, pero la palabra política es tomada en el sentido amplio, de lo que los anglosajones llaman “politics” y no una “policy” determinada. La guerra ocurre cuando el proceso político que distribuye poder en la sociedad asume intensidad emocional que lleva a la violencia organizada. El poder enfrentado puede ser social, económico, religioso o ideológico pero más allá de la motivación, la pelea es por el poder, es política. Es además una parte de la vida social, como el comercio y el litigio. No es arte ni es ciencia, dice Clausewitz, la táctica tiene condimentos científicos y la estrategia es más artística, pero la guerra es un fenómeno social en el que intervienen objetos animados, “fuerzas inteligentes”; la guerra es un acto de fuerza para obligar al adversario a cumplir mi voluntad, es una lucha de voluntades, donde juegan las personalidades, el carácter, la emoción y el azar. La interacción social es continua, no tiene final, por lo que ninguna estrategia es un desarrollo final. (Bassford, 2014)

Van Creveld recuerda que la guerra trinitaria se daba en el marco de la paz de Westphalia, entre estados soberanos donde podía observarse la división del trabajo entre el pueblo, el gobierno y las fuerzas armadas. La guerra era estado céntrica, convencional, desarrollada con el objetivo de destruir físicamente a las fuerzas militares enemigas. Esto cambió con las armas nucleares: las fuerzas militares tienden a la irrelevancia y la insurgencia es la única forma posible de usar la fuerza. La guerra es no estatal, no convencional, no hay uniformados, no hay gobiernos, las coaliciones son fragmentarias y la guerrilla se mezcla



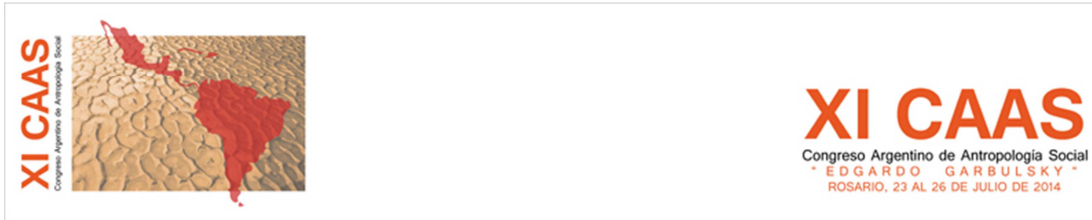
entre la gente. Es la guerra no trinitaria, no clausewitziana y probablemente no pueda ser ganada por ejércitos nacionales organizados a la manera tradicional. Sobre esta base, profetizó que la guerra de Irak terminaría de la misma manera que terminó la de Vietnam. Eso no ocurrió. Asimismo, el concepto trinitario es universal, las tendencias a la incertidumbre, la hostilidad presente y el propósito de uso de fuerza no se remite sólo a los estados, caracterizan a los conflictos armados, incluida la guerra insurreccional. Al respecto, es interesante el rastreo que hace Byron Dexter de la estrategia soviética y las influencias de Clausewitz. Marx, Lenin y Stalin adoptan pautas del prusiano, con matices, pero sin desmerecer su esencia. La carta de Stalin al historiador Razin publicada en 1947, que Dexter reproduce, es ilustrativa sobre esta influencia. (1950)

Para van Creveld, el mejor tratado sobre la guerra es el de Sun Tzu, pero cuando describe al general que más admira, Moshe Dayan, utiliza categorías que se parecen a las utilizadas por Clausewitz para describir al genio militar. Dayan, dice el israelí, tenía tres virtudes: la primera, el coraje; los hombres lo seguían y con su conducta valerosa podía exigirles el sacrificio supremo; segundo, una profunda, casi intuitiva comprensión de la relación entre política y guerra y tercero, siempre buscaba con astucia formas de aventajar a su enemigo, normalmente más grande y más fuerte. (2011) Del mismo modo, cuando analiza a las Fuerzas de Defensa Israelí, en un libro interesante porque utiliza fuentes en hebreo de difícil acceso, sus críticas son también hechas mediante categorías del prusiano, diciendo que tiene fallas estratégicas, tácticas y morales. (2002)

21

Cuando define la guerra, van Creveld utiliza términos clausewitzianos. Dice que es un "conflicto armado políticamente organizado." Agrega un aspecto que lo acerca a John Keegan y sus alusiones a Konrad Lorenz, diciendo que la guerra es parte de la naturaleza humana, cuestión que pudo observarse aún en los chimpancés. Cree que la única forma de frenar la guerra es disuadir con abrumadora fuerza que convierta el posible combate en un suicidio. (Sonshi.com, 2011) Las diferencias con Clausewitz se producen cuando van Creveld evalúa el comportamiento de los grupos, sean estos de nivel estatal o subestatal. Focalizar el conflicto actual en grupos subestatales, en los llamados señores de la guerra que operan en el nivel local exige una definición de la política. Es importante ver si esos grupos tienen vínculos globales, como en el narcotráfico o el terrorismo o sólo operan a nivel local. La globalización es también un tema que exige profundizar las investigaciones porque conectar los conflictos sólo con los señores de la guerra del mundo en desarrollo refleja un cierto etnocentrismo que tranquiliza las conciencias europeas, pero desvirtúa la realidad en el resto del mundo. (Siccama, 1997)

Isabel Duyvesteyn sostiene que para repensar la guerra se deben analizar cuatro temas: primero, los actores, sus capacidades y motivaciones; segundo, los métodos que esos actores usan para obtener sus objetivos; tercero, los resultados de esas acciones y cuarto, las contramedidas que se pueden emplear para mitigar los efectos de la guerra o mediar entre los beligerantes. (2004) Al respecto, Van Creveld parece concentrarse en las tácticas que emplean los beligerantes, los métodos (la insurgencia, la guerrilla, el terrorismo, etc.) y las contramedidas. Por su parte, la discusión de Clausewitz sobre la guerra aspira a un mayor grado de abstracción, sobre las causas y la naturaleza de la guerra en el nivel



conceptual, su esencia y sus formas, los actores del duelo, la fricción, etc. Así, por ejemplo, describe la guerra absoluta, constructo intelectual que diferencia claramente de la guerra real, como bien remarca Hauser. (2002) Como indican Ikenberry y Hall, el pensamiento clausewitziano fue evolucionando: “Esto es bastante abstracto, pero subyace a una versión tosca del realismo según la cual los Estados tratan únicamente de incrementar su poder. Esto parece duro y práctico; de hecho es una guía pésima para la praxis y la teoría. Clausewitz era en cierto modo proclive a creer en esta versión simplista del realismo en su juventud, pero a medida que envejeció llegó a entender que la política más limitada de Federico el Grande había logrado más cosas que los extremismos ciegos de su héroe anterior, Napoleón.” (1993, pág. 171). La refutación de van Creveld, así como la reflexión de William Lind, parten entonces de un nivel de teorización diferente. Concentrarse en el nivel táctico, según nuestra opinión, empobrece la comprensión de la naturaleza de la guerra.

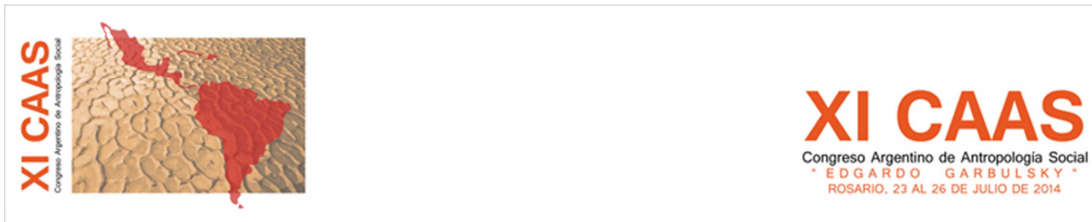
Las predicciones de Keegan sobre la desaparición de las batallas o de la supremacía del combate de baja intensidad de van Creveld fueron desmentidas por la realidad, casi de inmediato y los mismos autores escribieron crónicas sobre la guerra de Malvinas, de la campaña del Golfo en 1991, de la invasión de Irak en 2004, la invasión del Líbano que van Creveld considera un éxito, entre otros conflictos donde se dieron batallas y las operaciones convencionales hicieron su aparición abiertamente. Es probable que al ser “La Transformación de la guerra” escrita antes de la desaparición de la URSS y publicada en 1990, los cambios del sistema internacional no fueron advertidos por su autor.

22

Otra diferencia entre los autores que comparamos es, también, el diferente tipo de conocimiento que poseen los teóricos y académicos y quienes desarrollan la práctica profesional militar. Al respecto, Clausewitz fue un soldado versado en su materia desde su ingreso al regimiento a los doce años hasta su muerte como general, luego de cuarenta años de servicio. El prusiano participó en siete campañas, (Paret, 1986, pág. 187) entró en batalla, fue herido y sufrió las privaciones propias de la guerra, falleciendo de cólera que se contagió en un despliegue militar. Por su lado Keegan y van Creveld nunca estuvieron en ningún campo de batalla durante su vida, como ellos mismos declaran. Es conocida la dificultad para obtener conocimiento empírico en el campo social, más aun en algo tan elusivo como es la guerra. Los académicos que investiguen la guerra deben introducirse en el conocimiento profesional del campo específico de conocimiento que maneja el soldado. Keegan y van Creveld tuvieron acceso a este campo mediante lecturas y entrevistas; de hecho Keegan escribe uno de sus textos más reconocidos mediante este método: “El rostro de la batalla” donde describe los sentimientos, penas y el miedo de los combatientes en la batallas de Agincourt, de Waterloo y del Somme, donde su padre sufrió ataques con gas. (1976) También van Creveld describe vívidamente y con admiración los sentimientos del soldado que va al combate, pero Clausewitz los aventaja porque ha experimentado en carne propia los efectos de la guerra.

### **Implicancias peligrosas**

Consideramos que un desacierto de estos críticos al pensamiento clausewitziano es el reduccionismo. La complejidad de la guerra, expuesta de manera lógica y coherente por el

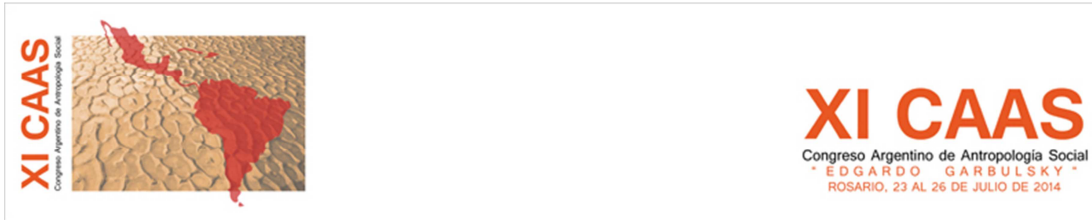


pensador prusiano se ve simplificada y pierde profundidad de campo. La perspectiva de Clausewitz puede utilizarse aún hoy, como ha hecho una organización alemana, el Grupo de Trabajo para la Investigación de las causas de la Guerra (AKUF, según sus siglas en alemán). Para ellos, la guerra es “un conflicto armado masivo que presenta estas características: a) de los combates participan dos o más ejércitos, y por lo menos en el caso de una de las facciones, se trata de un ejército regular (militares, asociaciones para militares, unidades de policía) del gobierno; b) en ambas facciones tiene que haber un mínimo de organización centralizada de los combatientes y de la lucha (...); c) las operaciones armadas se producen con una cierta continuidad y no sólo como choques ocasionales y espontáneos, es decir, ambas partes operan de acuerdo a una estrategia planificada, independientemente de que los combates tengan lugar en la región perteneciente a una o más sociedades y del tiempo que duren.” (Welzer, 2010, pág. 148). Pueden discutirse los detalles o las variables, pero, básicamente, la naturaleza de la guerra no ha cambiado, aún puede definírsela en términos clausewitzianos, un modo de acción para causar suficiente daño a quien se opone a sus objetivos, de manera que el castigo resulte demasiado doloroso como para seguir oponiéndose.

De acuerdo a estas realidades, ¿deben cambiar las pautas de educación de los militares, de acuerdo a lo que dicen van Creveld y Keegan? En el campo de los estudios militares también se ensayan nuevas concepciones. En una revisión de textos referidos al debate sobre un posible cambio de naturaleza de la profesión militar en la época postmoderna dice Richard Lock-Pullan que la guerra no se fue, tal vez cambió, pero los cambios fueron en la dirección de la vieja modernidad, más que hacia una post-modernidad. (Otoño 2001, pág. 130)<sup>iv</sup> Edward Newman argumenta que la teoría de las “nuevas guerras” pregona un cambio cualitativo en la guerra, pero la distinción entre las formas contemporáneas y las de guerras antiguas es exagerada y circunstancias actuales que son presentadas como novedosas pueden verificarse durante el siglo XX, y aún antes. (Junio 2004) Bob de Graff, por su parte, aporta evidencia de que la guerra de Bosnia (considerada por Mary Kaldor la primera de las “nuevas guerras”) no se trató solamente de enfrentamientos étnicos y religiosos aislados, demostrando que una voluntad política unificada planificaba y dirigía desde Belgrado las acciones de los serbios en ese territorio. (2004)

Es difícil abandonar sin más la teoría clausewitziana. La desintegración estatal conlleva desestabilización y favorece las condiciones para que estalle la guerra. En el mundo empírico, el mapa de los conflictos del mundo coincide con el mapa de la debilidad estatal. Dice Fernández Vega: “La principal conclusión que puede extraerse de la lectura de Vom Kriege donde aparece la fórmula es sólo aparentemente trillada. A saber: la guerra se encuentra, en su estructura misma, relacionada con el poder del Estado, el que éste posee, el que quiere obtener, el que teme que otros ambicionen o lleguen a conseguir. Estas observaciones tienen por cierto consecuencias: la vida del estado (su existencia, creación o destrucción) es el fundamento de toda guerra”. (2005, pág. 197)

Finalmente, otra crítica a la postura de Keegan y van Creveld puede provenir de la teoría democrática. Aceptar sus argumentos podría significar un descrédito de esa teoría, inficionando la estructura sobre la que ésta descansa: el control civil objetivo de las fuerzas



armadas por parte del gobierno. Aceptar la designación del soldado profesional como un guerrero puede retrotraernos a una época pre-moderna y sus implicancias son inaceptables. Además, no caben dudas de que la función del soldado es la que Clausewitz describió hace dos siglos, alcanzar los objetivos fijados por la política. Si acierta Van Creveld y los Estados pierden capacidad, las fuerzas militares convencionales ya no son capaces de mantener el monopolio de la fuerza legítima, predomina la ausencia de ley, el abandono de la racionalidad entre medios y fines, en resumidas cuentas, el abandono del profesionalismo militar, la consecuencia no puede ser otra que un regreso al salvajismo primitivo.

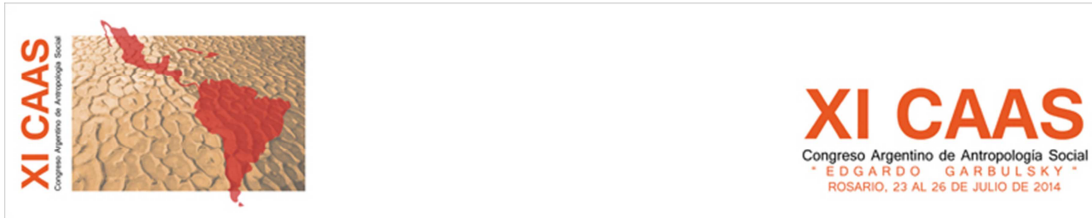
Por otra parte, los estudios sobre la naturaleza del hombre, de la conformación de la estructura psíquica o los conocimientos de la conducta del hombre primitivo acercan elementos importantes y permiten avanzar en el conocimiento del fenómeno bélico, pero si se desmerecen las explicaciones políticas existe el riesgo de que el soldado pierda la condición de “profesional”, privilegiando al “guerrero”. Las explicaciones que proponen una comprensión de la actividad militar dejando de lado la concepción profesionalista pueden tener implicancias riesgosas.



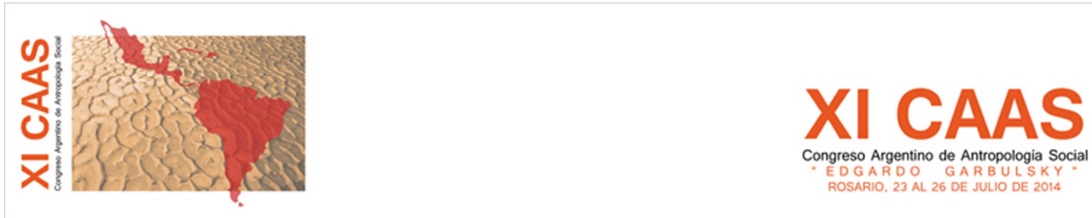
## Bibliografía

24

- Angstrom, J. (2004). Introduction. Debating the nature of modern war. En I. y. Duveysteyn, *Rethinking the Nature of War* (págs. 1-27). Londres: Taylor and Francis e Library.
- Aron, R. (1963). *Paz y guerra entre las naciones*. (L. Cuervo, Trad.) Madrid: Revista de Occidente.
- Aron, R. (1987). *Pensar la guerra. Clausewitz*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- Bartov, O. (1992). *Hitler's Army. Soldiers, Nazis and War in the Third Reich*. New York: Oxford University Press.
- Bassford, C. (3 de 25 de 2014). *John Keegan and the Grand Tradition of Trashing Clausewitz*. Obtenido de [www.clausewitz.com](http://www.clausewitz.com): <http://www.clausewitz.com/readings/Bassford/Keegan>
- Bellamy, A. (2009). *Guerras justas. De Cicerón a Iraq*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Binder, D. (2 de Agosto de 2012). John Keegan, Historian Who Put a Face on War, Dies at 78. *The New York Times*. Recuperado el 28 de Mayo de 2014, de <http://www.nytimes.com/2012/08/03/books/sir-john-keegan-historian-who-put-a-face.on.war-dies-at-78.html>
- Brodie, B. (1976). *The Absolute Weapon: Atomic Power and World Power*. New York: Harcourt Brace.
- Brodie, B. (2010). Estudio preliminar. La permanente importancia de la guerra. En C. v. Clausewitz, *De la guerra (edición abreviada)* (págs. XXIII-XL). Madrid: Tecnos.
- Byrne, J. (1999). Keegan Versus Von Clausewitz. *Defence Association National Network*. Recuperado el 25 de Marzo de 2014, de [www.dann.ca/Backissues/nn6-1\\_14.html](http://www.dann.ca/Backissues/nn6-1_14.html)
- Clausewitz, C. v. (1968). *De la Guerra*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Clausewitz, C. v. (1976). *On War*. (M. y. Howard, Trad.) New Jersey: Princeton University Press.
- Cohen, E. (2002). *Supreme Command. Soldiers, State and Leadership in Wartime*. New York: The Free Press.



- Davoine, F. y.-M. (2011). *Historia y trauma. La locura de las guerras*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- De Graaff, B. (2004). The Wars in Former Yugoslavia in the 1990's: Bringing the State Back In. En I. y. Duyvesteyn, *Rethinking the Nature of War* (págs. 159-176). New York: Taylor y Francis e Library.
- Defence Technology. (16 junio de 1995). *The Economist*.
- Dexter, B. (1950). Clausewitz and Soviet Strategy. *Foreign Affairs*. Recuperado el 29 de Mayo de 2014, de <http://www.foreignaffairs.com/articles/70846/byron-dexter/clausewitz-and-soviet-strategy>
- Duyvesteyn, I. (2004). Rethinking the Nature of War. Some conclusions. En I. y. Duyvesteyn, *Rethinking the Nature of War* (págs. 225-241). Londres: Taylor and Francis e Library.
- Dyer, G. (2007). *Guerra. Desde nuestro pasado prehistorico hasta el presente*. Barcelona: Belacqua.
- Fernández Vega, J. (2005). *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón*. Buenos Aires: Edhasa.
- Freedman, L. (Julio/agosto 2003). War. *Foreign Policy*.
- Gat, A. (2002). *A History of the Military Thought*. Gran Bretaña: Oxford University Press.
- Gat, A. (2006). *War in Human Civilization*. New York: The Free press.
- Girard, R. (2007). *Clausewitz en los extremos. Política, guerra y apocalipsis*. Buenos Aires: Carnet Nords.
- Gray, C. (Invierno 2009/2009). The 21st Century Environment and the Future of War. *Parameters*.
- Hauser, B. (2002). *Reading Clausewitz*. Gran Bretaña: Pimlico.
- Huntington, S. (1995). *El soldado y el Estado*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Ikenberry, J. y. (1993). *El Estado*. Madrid: Alianza.
- Kaplan, F. (1983). *The Wizards of Armageddon*. New York: Simon and Schuster.
- Keegan, J. (1976). *The Face of Battle*. New York: Viking.
- Keegan, J. (1987). *The Mask of Command*. Londres: Penguin.
- Keegan, J. (1995). *Historia de la guerra*. Barcelona: Planeta.
- Keegan, J. (1999). *The Mask of Command. A Study of Generalship*. London: Pimlico.
- Liddell Hart, B. (1969). *El espectro de Napoleón*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lind, W. (Enero-Febrero 2005). Comprendiendo la guerra de cuarta generación. *Military Review*.
- Lind, W. N. (1989). The Changing Face of War: Into the Fourth Generation. *Marine Corps Gazette*, 22-26.
- Lock-Pullan, R. (Otoño 2001). And the Wall Came Tumbling Down. *Defence Studies*, 122-132.
- Negri, M. y. (2004). *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Buenos Aires: DEbate.
- Newman, E. (Junio 2004). The "New Wars" Debate: A Historical Perspective is Needed. *Security Dialogue*.
- Paret, P. (1986). Clausewitz. En P. Paret, *Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age* (págs. 186-213). New Jersey: Princeton University Press.
- Petraeus, D. (Enero-febrero 2009). Guía de Contrainsurgencia del Comandante de Fuerza Multinacional Irak. *Military Review*, 2-5.
- Posen, b. (2004). Commands of the Commons. *International Security*.
- Siccama, J. G. (1997). Clausewitz, van Creveld and the Lack of Balanced Theory of War. En G. de Nooy, *The Clausewitzian Dictum and the Future of Western Military Strategy* (págs. 25-42). La Haya: Kluwer Law International.
- Smith, R. (2005). *The Utility of Force. The Art of War in the Modern Wrld*. Londres: Allen.



- Sonshi.com. (2011). *Martin van Creveld Interview*. Recuperado el 29 de mayo de 2014, de Sun Tsu The Art of War and Strategy Site: <http://www.sonshi.com/vancreveld.html>
- Van Creveld, M. (1982). *Fighting Power: German and US Army Performance. 1939-1945*. Connecticut: Greenwood Press.
- Van Creveld, M. (1990). *The Training of Officers: From Military Professionalism to Irrelevance*. London.
- Van Creveld, M. (2000). *Through a Glass, Darkly. Some Reflections on the Future of War*. Recuperado el 6 de junio de 2014, de Defense and the National Interest: [http://www.d-n-i.net/creveld/through\\_a\\_glass\\_darkly.htm](http://www.d-n-i.net/creveld/through_a_glass_darkly.htm)
- van Creveld, M. (2002). *The Sword And The Olive: A Critical History Of Israeli Defense Forces*. Londres: Public Affairs.
- Van Creveld, M. (2007). *La transformación de la guerra*. Buenos Aires: Jose Luis Uceda Editor.
- Welzer, H. (2010). *Guerras climáticas. Porque mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI*. Madrid: Katz.



<sup>i</sup> Una completa cronología, notas y bibliografía sobre el autor pueden encontrarse en el sitio oficial [www.clausewitz.com](http://www.clausewitz.com) .

<sup>ii</sup> El autor dice que Clausewitz profetizó lo que está ocurriendo actualmente, cuando nos acercamos a lo que él considera el Apocalipsis: "Ese tratado póstumo, De la guerra, se presenta como una obra de estrategia. Acompaña el periodo más reciente de la escalada a los extremos, que se produjo y se produce en todo momento sin que lo sepan sus autores, que destruyó Europa y hoy amenaza al mundo." (Girard, 2007, págs. 9,10 y 12).

<sup>iii</sup> El autor tiene su página web, donde figuran sus publicaciones y datos de interés: [www.martinvancreveld.com](http://www.martinvancreveld.com)

<sup>iv</sup> El autor analiza los trabajos de Sam Sarkesian y Robert O'Connor. *The US Military Profession into the Twenty-First Century: War, Peace and Politics*. London and Portland. Frank Cass, 1999. También, Hew Strachan (Ed) *The British Army: Manpower and Society into the Twenty-First Century*. London and Portland. Frank Cass, 2000. Luego, Stuart Cohen (Ed) *Democratic Societies and the Armed Forces: Israel in Comparative Context*. London and Portland. Frank Cass, 2000. Finalmente, Adekeye Adebajo and Chandra Sriram (Eds) *Managing Armed Conflicts in the 21<sup>st</sup> Century*. London and Portland. Frank Cass, 2000.